

# EL MAESTRO RODRÍGUEZ ZAPATA EN SUS AFILINIDADES BECQUERIANAS

## APUNTES SOBRE SU MAGISTERIO ESTÉTICO EN G. A. BÉCQUER

A la presente y siempre grata memoria del  
Profesor Ramón Esquer Torres.

### 1) *Justificación de Rodríguez Zapata en sus relaciones becquerianas*

Si difícil es al crítico justipreciar adecuadamente la labor de un escritor de nombre, aún es más cuando el estudio nos reencuentra con una aparente vida sombría, tamizada por la luz crepuscular que tímidamente se oculta al contemplador, deseosa de pasar inadvertida. Pero sería una falta grave contra la justicia dejar caer en el olvido lo que por no ser brillante, ni de primera magnitud, fecundó como el mejor abono un sin fin de posibilidades futuras literarias y menguó las suyas propias en beneficio de las ajenas.

En la Historia de la humanidad y en la delimitación más precisa de nuestra literatura no hay una sola criatura de este jaez, sino muchas, que agrupadas constituirían esas *generaciones perdidas*, fundamentales para explicar una renovación y un florecimiento en el campo del fenómeno literario. Una de ellas es la noble figura de D. Francisco Rodríguez Zapata, a quien un día sorprendimos y conocimos como un caso más de forjadores de hombres, tristemente desconocido y menospreciado a la hora de las reivindicaciones literarias.

Este nombre, alguna vez citado en las biografías de Bécquer, de López de Ayala, de García Tassara o Narciso Campillo, se oculta desde la vertiente del magisterio literario y coadyuva de una manera definitiva a la gestación y triunfo del romanticismo en Sevilla, que es tanto como decir en España, porque es bien sabido de los críticos que los movimientos renovadores a partir del siglo XIX, y acaso también antes, se

acunan y crían en el solar andaluz para espigar y madurar posteriormente al viento solano del madrileñismo.

Hay que decir de antemano que quien espere encontrar en Francisco Rodríguez Zapata una plenitud poética de primera magnitud, posiblemente saldrá decepcionado. En él, como en todos los ingenios de su generación poética, la *palabra determinante* creadora se encuentra soterrada todavía bajo un solapado retoricismo y lucha en vano por escapar del peso formalista. De vez en cuando una forma adjetival, un agudo versificado dejan entrever las tamañas posibilidades y, sobre todo, lo que es más importante, el extremado ardor de un nuevo sentimiento estético en lucha frente a la norma razonable que, pendiente del academicismo dieciochesco, evita la liberación entrañable del alma poética.

Sin embargo, como señala certeramente García López: «...puede observarse en ellos un estilo cada vez más retórico y vehemente y un progresivo aumento de elementos prerrománticos: sentimentalismo filosófico, exaltación de la naturaleza libre, gusto por lo sepulcral y por los temas exóticos, populares y cristianos, mayor colorido en la descripción, entusiasmo patriótico, aspectos que más tarde abarcará el Romanticismo en una fórmula coherente.»<sup>1</sup>

No es, pues, en esta línea Rodríguez Zapata un caso aparte sino precisamente uno de los que más descuella en este nuevo aliento y dirección. Pero acaso fuese oportuno hacer notar, en este primer acercamiento, que, en la valoración poética de la obra total de Zapata, no podemos emplear un calibre homogéneo, sino que nuestra apreciación ha de ir en posición variante en esta larga vitalidad que, partiendo de 1813, se alarga hasta los umbrales del siglo xx, hasta 1889.

Zapata es, sin duda alguna, uno de los casos más complejos de la segunda escuela sevillana, y posiblemente una de las personalidades más difíciles de entrever, no ya sólo en su labor poética, sino en la contextura más profunda de su pensamiento. El secreto de tan honda personalidad queda reservado a las aulas en las que ejerció su magisterio durante tan largo y dilatado espacio vital. El consejo, su palabra amiga, todo lo que intuimos en la profundidad de su mirada, tímidamente lo evitó en gran parte de su obra poética y tan sólo en algunas ocasiones, impulsado por un aliento patriótico, religioso o amistoso, nos dejó desvelada una vertiente de su riquísima y compleja intimidad.

Hemos de confesar que nos vemos impotentes para adentrarnos exhaustivamente en el alma de este hombre de formación ilustrada y

---

<sup>1</sup> J. GARCÍA LÓPEZ, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, 1967, pp. 412 y ss.

cristiana, de este liberal moderado romántico que no logra saltar la barrera de las tendencias y que se contenta con dejarnos un grato olor, un regusto velado, a la imagen de Lista, Reinoso, Blanco o López Cepero.

Rodríguez Zapata amó la vida pasada, conservó esa inasequible esperanza de lo que prometía ser y no llegó a cuajar. Batió sus alas espirituales en torno a una luz destellante de ingenio, de reformas, de libertad y de raciocinio. Se prendió en su maestro Lista y afinó su esperanza en el programa vital de una generación, la del XVIII, que le adoptó pero a la que nunca pudo integrarse. Rodríguez Zapata sufrió ese choque incruento de generaciones. Sitúose en una esquina de la Historia, en la que la comodidad no era posible y en la que alentaba una profunda complejidad en trance de agudizarse con los años:

*Allí observaste los inmensos senos  
de eternidad angusta, aterradora...  
de niebla densa y de silencio llenos,  
de paz consoladora...<sup>1</sup>*

Acaso en un centenario becqueriano sea oportuno lanzar una mirada atrás, sobre quien con un afán desusado y una vocación sin límites forjó la personalidad extraordinaria de Gustavo A. Bécquer. Por otra parte, esta contribución no pretende sino subrayar aún más lo que críticos anteriores habían dicho al respecto <sup>2</sup>: «...La línea poética sevillana que continuaba la tradición de Herrera y Rioja. Esa influencia siguió recibéndola, indirectamente, Bécquer —dice J. Pedro Díaz—, ya cuando se cerró el Colegio de San Telmo; D. Francisco Rodríguez Zapata pasó a desempeñar la cátedra de Retórica y Poética del Instituto de Segunda Enseñanza de Sevilla, donde se matriculó primero Campillo, y, poco después, Gustavo Adolfo. Pero aunque D. Francisco Rodríguez Zapata continuaba la tradición cultural de su maestro Lista, estaba abierto a la influencia de las nuevas corrientes. Recuérdese que había dirigido, en 1838, *El Cisne*, revista que A. Peers considera como «la defensa más viva y mejor pensada del Romanticismo» <sup>3</sup>.

El recuerdo que N. Campillo tendrá del maestro Rodríguez Zapata, nos hace pensar en el aprecio que sus discípulos tenían de él y, aunque por

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Poema a N. Pastor Díaz*. *El Cisne*, núm. 8, p. 85, julio 1838.

<sup>2</sup> R. BROWN, *Bécquer*, Barcelona. Aedos, 1963. J. GUILLÉN, *Bécquer o lo inefable soñado*, en *Lenguaje y poesía*, Madrid, 1962.

<sup>3</sup> J. PEDRO DÍAZ, *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*, Madrid, 1964, p. 25.

ahora, no conozcamos ningún texto de Bécquer en igual sentido, no hay ninguna razón en contra para que dicho afecto no fuese compartido:

*Tú de la soledad que el alma adora  
ensalzaste la dicha y paz suave,  
ora pintando la rosada aurora,  
ora imitando el gorgear del ave;  
o el rumor de la música sonora  
que ulzan los bosques con murmullo grave,  
si lenta brisa perfumada y leve  
las altas copas de los pinos mueve.*

*Tiene, ¡oh cantor!, tu concertada lira  
sonoro timbre de metal herido,  
si pinta el batallar y la honda ira  
y el suelo con la sangre enrojecida,  
y si de amor y languidez suspira,  
semeja el vago viento adormecido  
que riza el haz de plácida laguna  
a la tímida luz de incierta luna.*

*Tal vez... tal vez un tiempo de ventura  
ciña el lauro mi frente y la corone,  
y luciendo cual astro en noche oscura,  
mi sé, mi orgullo, mi entusiasmo abone;  
entonces gritaré a la edad futura,  
cuando mi acento fervoroso entonc,  
si triunfo tal y galardón consigo:  
Zapata es mi maestro y es mi amigo <sup>1</sup>.*

No valdría subrayar, por sabido, que Campillo, al que en otras ocasiones citaría su maestro <sup>2</sup>, se acercaba mucho más al ideal poético que preludiaban estos epígonos de la segunda escuela sevillana, a la que nosotros solemos llamar «ilustrada romántica». Pero de todas formas, aunque el maestro en el caso becqueriano, según nos parece advertir, no comprendiera en su fase final al evadido discípulo, habría dejado en él ese reducto clásico, esa base primordial que le enlazara con la mejor tradición poética española y sobre la que podría poner el cimiento de su revolucionario sistema estético. Por ello, afirmará R. de Balbín: «...En Bécquer dejó ancha huella la relación familiar. Con la brevedad que corrió todos los pasos de su vida, Gustavo disfrutó pocos años con sus

<sup>1</sup> N. CAMPILLO, *Poesías*, Sevilla, 1858, p. 26.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Trozos en prosa y de composiciones poéticas*, Sevilla, 1876.

padres, de un ambiente hogareño acomodado y noble, en la Sevilla señorial y castiza de la primera mitad del ochocientos; pero el recuerdo fue profundo y el influjo formativo y grande... Gustavo encaminó su espíritu a la relación interior y subjetiva en el cosmos viviente y movido de sus recuerdos y sus esperanzas, de sus alegrías y sus dolores...»<sup>1</sup>.

Íese tiempo romántico de Sevilla, del que habla R. de Balbín, es el ambiente de la *ilustración romántica* y en él se centra la noble figura de Francisco Rodríguez Zapata, su maestro, el hombre que sabrá moldear en su espíritu el ansia por una nueva verdad poética:

*Suene atrevido tu sublime acento  
y avlvese la llama  
de entusiasmo y amor y sentimiento,  
que el noble pecho inflama.*

*Ensayá, amigo, del terrible Dante  
el cantar sobrehumano  
y de Ossian el plectro resonante  
diestra pulse tu mano...<sup>2</sup>.*

Pero es muy importante para comprender no sólo los primeros poemas becquerianos, sino su ideología personal en conjunto y la temática de que hará gala en sus relatos imaginativos y en sus descripciones artísticas, averiguar, aunque sea someramente, en qué consiste el ambiente que le va a rodear, que le va a formar, y que nosotros repetidamente hemos llamado *ilustración romántica*<sup>3</sup>.

## 2) *Perfil humano del maestro Francisco Rodríguez Zapata*

Parece ser cierto que el primer momento literario de Rodríguez Zapata se inicia bajo el oráculo del aprendizaje más férreo. No hay un despertar inmediato e inmaduro, sino un sosiego impropio de su edad.

Los diecisiete años que transcurren desde su nacimiento, en la villa de Alanís, en 1813, hasta 1828, primera aparición pública conocida por nosotros, nos son desconocidos y todas las gestiones encaminadas a encontrar su hoja de estudios en el Seminario de Sevilla, acaso por el momento histórico en que suponemos que esto debió tener lugar, sobre 1825, han sido de momento infructuosas.

<sup>1</sup> R. DE BALBÍN LUCAS, *Poética becqueriana*, Madrid, 1969, pp. VIII y ss.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *A mi querido amigo D. Gabriel García Tassara* (1850), ed. Trozos, Sevilla, 1876, pp. 110 y ss.

<sup>3</sup> Sobre este concepto puede consultarse el reciente trabajo de M. RUIZ LAGOS, *El Deán López Cepero y la Ilustración Romántica*, Jerez, 1970.

De su partida y fe de bautismo parece deducirse que debió ser tutelado en Sevilla por un familiar, presbítero, D. Francisco Zapata, radicado de antiguo en la capital. Hasta 1828 debió estar dedicado a adquirir una sólida formación humanística y filosófica. Los documentos comienzan a aparecer en esta fecha y llevan las firmas certificadoras del Dr. Mármol, a quien hay que considerar su primer maestro. Evidentemente, aunque Zapata no será muy dado a «memorias y recuerdos», cosa que dificultará el estudio de su compleja personalidad, guardará de él una afectuosa memoria, a tenor de lo que, muchos años después, dirá de él, siendo ya Académico de Buenas Letras.

En 1830 se gradúa de Bachiller en Filosofía, haciéndolo en calidad de gracia y gratuito, pues, según el informe de sus maestros Mármol, Bravo y Arespachaga: «...su buena instrucción, su conducta y pobreza lo hacen acreedor a que se le dispense con preferencia a cualquier otro...»<sup>1</sup>.

Realizados estos primeros estudios, prosigue su formación adquiriendo el grado de Bachiller en Teología, lo que logra en 1835. Pero, antes de llegar a esta ocasión, Zapata solicita una ración vacante en la Iglesia Colegiata de Olivares, presentando una instancia que transcribimos, ya que en ella se dan por supuestos su servicio eclesiástico en la Parroquia de Santa Catalina de Sevilla y su anterior ordenación de menores:

“D. Francisco Rodríguez Zapata, clérigo de menores, natural de la ciudad de Alanís, y vecino de esta ciudad ha siete años poco más o menos, a Uds. con la debida atención dice: Conviene a su derecho hacer justificación de *vita et moribus* con el competente número de testigos que declaren con forma legal ser natural de dicha villa e hijo legítimo de legítimo matrimonio de D. Juan Rodríguez Zapata, ya difunto y de D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> del Carmen Álvarez, su legítima mujer. Nieto por línea paterna de D. Fernando Rodríguez Zapata y D.<sup>a</sup> Rosa Naranjo y por lo materno de D. Cristobal Álvarez y D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> A. Lavera, todos naturales de la nominada villa de Alanís y residentes los dos últimos en esta ciudad. Así mismo todos los referidos sus ascendientes por ambas líneas han sido y son tenidos y reputados por cristianos viejos, limpios de toda mala raza; igualmente que el suplicante no perteneció en el pasado al sistema llamado constitucional, a las milicias creadas en aquella época con las denominaciones de voluntaria y legal, ni tampoco a ninguna de las sociedades reprobadas por nuestras leyes, y que en todos tiempos y épocas ha sido, como buen español, amante de su Rey en la plenitud de derechos soberanos; y últimamente el buen desempeño y prolija exactitud con que ha concurrido a la parroquia de Sta. Catalina, como capellán propio de ella y vistiendo hábito talar; por tanto:

<sup>1</sup> Expediente Académico de D. Francisco Rodríguez Zapata. Ar. Un., Sevilla (L.<sup>o</sup> 9-f. 21-61 Leg. 153-1).

Suplica a Uds. que con citación del caballero síndico general del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad le sirva admitir al exponente la competente justificación al tenor de los particulares expresados y dada en bastante forma interponer en ella su aprobación y decreto judicial entregándome el expediente original para los usos que convengan.— P.<sup>o</sup> Rodríguez Zapata...<sup>1</sup>

Es obvio pensar las razones que movieron a esta solicitud. La preeminencia de la Abadía, su beneficio en dignidad y gobierno, serían razones suficientemente sólidas para atraer al joven Zapata.

El expediente se abre en forma jurídica perfecta y tres testigos, José Corona, Manuel García y Felipe Márquez, deponen de esta forma sobre él: «...Que por las razones que deja expresadas le consta al declarante que el Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata no perteneció en el tiempo del abolido sistema llamado constitucional a la milicia creada en aquella época con las denominaciones de voluntaria y legal, ni tampoco a ninguna de las sociedades de masones, comuneros, ni otra alguna de las reprobadas por las leyes, habiendo sido su conducta, tanto en lo moral, como en lo político, irreprochable en todas las épocas, efectos de la buena educación que ha recibido de sus mayores y de su aplicación y estudio en que ha estado ejercitado desde su infancia, manifestando éste en todas sus conversaciones públicas y privadas un decidido amor al Rey N. S. y a las sabias instituciones que emanan de su gobierno...»<sup>2</sup>

Ante las declaraciones de tales testigos, y previa información positiva, en nombre del Duque de Alba, patrono único y perpetuo de la Insigne Colegial de Olivares, un jerezano ilustre, abad de la misma, Don José Mariscal y Rivero<sup>3</sup>, le hace colación de la mencionada ración solicitada por Rodríguez Zapata: «...que daba y dió al anunciado bachiller Don Francisco Rodríguez Zapata la colación y canónica institución de la dicha ración por imposición de un bonete que sobre su cabeza puso, estando ante S. I. hincado de rodillas para que lo haya, sirva, goce y cumpla con las cargas y obligaciones que previenen los citados estatutos y bulas de elección...»<sup>4</sup>

En el espacio que corre desde 1832, fecha de esta colación, hasta

<sup>1</sup> Expediente formado a instancia del Br. D. Francisco Rodríguez Zapata, clérigo tonsurado, natural de Alanís, v.<sup>o</sup> de Sevilla. Ar. Parroquial de la Iglesia Mayor de Olivares.—Pliegos sueltos s/n. 1832.

<sup>2</sup> Idem, Exp. de Olivares, año de 1835.

<sup>3</sup> Cfr. para sus datos biográficos: I. PARADA Y BARRETO, *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera*, Jerez, 1875, p. 273 y ss.

<sup>4</sup> Exp. cit. Olivares, 1832.

1839 nuestro aprendiz de escritor sigue preparándose concienzudamente, estudiando a fondo la Teología, en Sevilla, sin desatender por ello las obligaciones contraídas en Olivares.

El orden sacerdotal lo recibió en 1837. Afortunadamente y careciendo de toda información del Seminario de la época, una notificación conservada en la Abadía de Olivares dice así:

"...Se presentará ante V. S. a ser examinado para recibir el sacro orden del Presbiterado, en las próximas fiestas de Santo Tomás, el Br. D. Francisco Rodríguez Zapata y Álvarez, Racionero de nuestra insigne Iglesia Colegial. Lo tiene así mandado el Sr. D. Manuel Peraza, Presbítero, Canónigo de la misma, gobernador de ella y su abadía, en el expediente formado al intento. De su aptitud e influencias se servirá V. S. poner una censura a continuación, devolviéndola cerrada y sellada a una Notaría Mayor de mi cargo, para elevarla a manos de dicho Sr. Gobernador. Olivares, 20 de noviembre de 1837 —Bernardo Ramírez de Arellano.—

*Nota marginal:* He examinado y aprobado al Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata para que reciba el sagrado orden del presbiterado, según se me ordena por el Sr. Gobernador de la Abadía de I. de Olivares — Sevilla, 27 de noviembre de 1837.— Luis Gonzaga Rodríguez de la Piedra..."<sup>1</sup>

El año 1837, pues, se constituye para Rodríguez Zapata en el eje de toda su actuación futura. Tiene la fortuna de centrar su juventud en torno a unos grandes maestros que no solamente le capacitarán literariamente, sino que harán dejación en él, llegado el momento, de la antorcha de la Ilustración.

Aquí radica nuestro interés por su figura, ya que prácticamente se convertirá en un epígono ilustrado, que participará activamente en la década del 1858-68 en todos los ramos culturales de la Baja Andalucía. Llegará a ser un día el mentor literario en torno al cual se formará esa generación espléndida encabezada por Bécquer, Tassara, Campillo, López de Ayala y tantos otros, que tendrán un papel relevante cultural hasta fin de siglo. Y aún cuando en algunos aspectos, preferentemente en el político-religioso, están algunos muy distanciados de él, nunca olvidarán su egregia figura, que permanecerá como un faro estable en las situaciones poco bonancibles de la segunda mitad del siglo XIX.

Según los datos biográficos recabados por nosotros, la personalidad del joven poeta había interesado a los claros ingenios de la Ilustración, que, por estos años de 1837, dirigían los cenáculos literarios e ideológicos de Sevilla. Existe una protección semi-oficial que le acompaña desde

<sup>1</sup> Exp. cit. Olivares, 1832. Cortesía del Rvdo. D. José Santiago Montiel. (†).

Don D. Juan Rodríguez Zapata de edad de 47 años natural de Madrid prov. de Sev.

Catedrático del Curso prop. de Historia y Poesía por oposición por el Real de 12 de Feb. de 1847 de cuya Catedra tomó posesión el 16 de Mayo de 1847

Grados Académicos y su correspondencia en las Escuelas de Bellas Artes en Filosofía el 23 de Jun. de 1830 = 1835. en 17 de Bellas Artes = Doctores en Leyes en 21 de Oct. de 1841 = Lic. en Letras en 6 de Nov. de 1845 = Lic. en Letras en 22 de Oct. de 1847 = Abogado del Plazo en Letras en 16 de Nov. de 1846 = Lic. en Leyes en 15 de Jun. de 1853 = Lic. en Ciencias en 8 de Oct. de 1853

Artículos profesionales  
Ensayos

Abogado de la Real Academia de Ciencias y Letras. Nombr. por el Real de 12 de Feb. de 1847 de la Catedra de Historia y Poesía por las oposiciones de la Catedra de 18 de Oct. de 1845. Nombr. por el S. N. y. por el Real de 12 de Feb. de 1847 de la Catedra de Historia y Poesía en la Real Academia de Historia y Poesía en 21 de Oct. de 1845 = Catedrático de Historia y Poesía por oposición por el Real de 12 de Feb. de 1847 y título expedido en 12 de Mayo de 1847

Observaciones generales

Año 1810 = Director de varias Clases de Filosofía en el Colegio de S. Carlos de S. Diego hasta el año 1819 y por algunos años por la ausencia de S. J. de S. = 1817 = Jefe de oposiciones de magister de Filosofía primaria nombr. por el S. N. de 12 de Feb. de 1848 = Jefe nombr. por el S. N. Catedrático de Historia del Colegio de S. Esteban de S. Juan de S. Juan de los Rios hasta la extinción de aquel = 1850 = Académico por oposición de la de Ciencias Literales de esta Ciudad = 1852 = Alcalde de la Real Audiencia de S. Juan

Foja de servicios del M.º Rodríguez Zapata

que profesa de la letra y el arte vocal de la lengua y de su forma de en-  
señanza en los alumnos de docencia ordinaria en el que man-  
festa con exacta inteligencia y precisión el correspondiente a 4.º de-  
ber cumpliendo lo requerido.

Primeras Letras

D. Justo Adolfo Borgez \_\_\_\_\_ Observatorio y para  
a la 2.ª clase de matemáticas

D. José María Guda \_\_\_\_\_ 1.ª de 1.º de ant.

D. Leg. Leg. Torres y Goma \_\_\_\_\_ 1.ª de 1.º de ant.

D. Estacio 2.º Campillo \_\_\_\_\_ 1.ª de 1.º

1.ª Clase de matemáticas

D. Juan 6.º de 1.ª Abascua \_\_\_\_\_ Estudante en matemá-  
tica y geometría y para a la 2.ª clase

D. Miguel delos Santos Garcia \_\_\_\_\_ Suplicante

D. Juan Rafael de la Haza \_\_\_\_\_ Observatorio en  
matemáticas

D. José Cepello \_\_\_\_\_ 1.ª de 1.º de ant.

Lo he oído el Sr. Excmo. de V. por intermedio del Sr. D. Juan  
Castro

Juan Castro

Juan José Comoneda

Excmo. de ant.  
B

Expediente de ingreso de G. A. Bécquer

los años de formación en el Bachillerato hasta los primeros puestos ejercidos en la docencia. El apoyo de José María Alava y Alberto Lista <sup>1</sup> son sintomáticos, y la entrañable amistad posterior con J. Amador de los Ríos es ya una prueba más expresiva del camino ideológico que seguía el poeta-profesor de Alanís.

Pero, no obstante la diferencia de edad, no extraña especialmente la intimidad con los grandes ingenios de la pos-ilustración sino el tono de la amistad, en la que aparece Zapata considerado como un compañero más. Hasta cierto punto es comprensible esta situación habida cuenta de que esencialmente el mismo sentido poético de los grandes vates, simplemente acusado por cierto hálito romántico sentimental, es el que anida en el estro poético del joven creador.

Zapata, que, como dijimos, había seguido los estudios de Bachiller, y posteriormente los de Licenciatura y Doctorado bajo la dirección y con el patrocinio de A. Lista <sup>2</sup>, guardó, durante toda su vida, el recuerdo más grato de su persona y el agradecimiento más cumplido. Estamos por decir que, entre todos los mejores poemas de nuestro poeta, figuran, sin género de duda, los sonetos y odas dirigidos a su caro maestro, tan sólo paralelos en valor a aquellos que fueron dedicados a otros preceptores y claros ingenios de la inmediata generación de la Independencia.

Posiblemente los primeros contactos de Zapata con A. Lista debieron tener lugar en una de las Academias privadas dirigidas por éste, en las que, a buen seguro, cursó nuestro poeta determinadas asignaturas del Bachillerato, completando este magisterio posteriormente en los estudios universitarios. El mútuo conocimiento debió ir prosperando al paso de los años, hasta el punto que, al ser promocionado Lista como Director en 1838 del Colegio de San Felipe de Cádiz, debió pensar como sustituto suyo en la Regencia del de San Diego de Sevilla en su discípulo Zapata. /

Que esta maniobra docente tuviese éxito o no, lo cierto es que la vuelta fue deseada ardientemente por su discípulo, quien dirige al maestro este ferviente soneto:

*Dejaste a Gades, y la fresca orilla  
de nuevo pisas que nacer te viera,  
porque segunda vez del sacro Herrera  
oyese el canto la inmortal Sevilla.*

<sup>1</sup> Exp. cit. Académico, Universidad de Sevilla. Idem, nt. 1 p. 430.

<sup>2</sup> Exp. cit. Académico, Universidad de Sevilla. Idem, nt. 1 p. 430.

*Rico edén, celebrada maravilla,  
la contemplas con risa placentera,  
y el sacro fuego que en tu pecho ardiera  
torna y se inflama, y en tus ojos brilla.*

*Canta, pues, este cielo de colores,  
este campo de vida eterna fuente,  
la hermosura, el placer y los amores,*

*mientras que la amistad pura y serviente  
teje de mirto y de nativas flores  
nuevas guirnaldas para ornar tu frente.<sup>1</sup>*

Este soneto, cuyo original ha sido constatado por nosotros en los Archivos de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, justamente con otros inéditos, figuraba ya publicado en 1871 por Lasso de la Vega,<sup>2</sup> quien ya anotaba la profunda amistad que por estos años unió a maestro y discípulo.

De todas formas, en el espacio de tiempo que transcurre desde 1838 a 1844, fecha de este breve poema, la labor literaria de Zapata había sido profundamente ingente, a nuestro parecer la época más trascendental, cuya extensión abarcará hasta 1860 por lo menos. Con ello, simplemente, Rodríguez Zapata había proclamado el Romanticismo en Sevilla. De la importancia de esta obra era conocedor Lista, y fruto y ejemplo de esto es el romance que, publicado en el diario *El Laberinto* de Madrid, dirigiera a su distinguido discípulo:

*¿Por qué a cantar me incitas  
con tu ruego, dulce amigo,  
si ya de mi helado labio  
huyó el acento del Pindo?*

*Tú, que a juventud florida  
unes el genio divino,  
y en quien compiten iguales  
imaginación y juicio,*

*pulsa de Sión el arpa  
o la lira del Anfriso:  
que entrambos cantos el Belis  
escuchará complacido<sup>3</sup>.*

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Colección de sonetos inéditos*, leídos en la Academia de Buenas Letras de Sevilla. Libro Archivo, 1847.

<sup>2</sup> A. LASSO DE LA VEGA, *Historia y juicio de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1871, p. 100 y ss.

<sup>3</sup> A. LISTA, Periódico *El Laberinto*, Madrid, 15 de julio de 1844.

Es un momento en que el estro poético de Zapata sobresale en la ciudad. Van apareciendo extensos y logrados poemas en las revistas literarias que, a duras penas, logran ver cumplido su aniversario. Aparecerá su espléndido canto *A Jehová*, que como primicia publicará la revista *El Paraiso*, y en cuyas estrofas nos parece escuchar ya la musicalidad becqueriana y aún la más distante del Modernismo. La revista andaluza incluirá su oda a *Las Nubes*, que, como veremos más adelante en su análisis, nos ofrecerá hallazgos interesantísimos en la búsqueda de esa mágica palabra poética que atenaza al discípulo Bécquer, y cuya impresión no se debió borrar de la mente del joven poeta: «...nos volvemos con la memoria al fondo de la provincia en que vimos la luz al nacer y en cuyas costumbres y en cuyos cantares se conserva aún el reflejo de nuestras costumbres antiguas y características..»<sup>1</sup>.

A tenor de esta aureola poética, Rodríguez Zapata solicita su ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, cursando su petición el día 20 de diciembre de 1839. Del texto que se incluye en el libro de actas, correspondiente a dicho año, de la docta corporación se sigue un tratamiento especial para su persona, menos exigente, por una valía ya demostrada, que el que se había seguido en otros casos similares: «Del mismo modo se dió cuenta de una solicitud de D. Francisco Rodríguez Zapata, para que los académicos le permitiesen leer en su sesión un canto bíblico en octavas de *Déborá y Baruc*, el cual le dedicaba y si lo juzgaba digno de algún mérito le nombrara individuo de su seno. La Academia resolvió permitirle la lectura y después de concluida se retiró. La corporación entró a deliberar, sobre la 2.<sup>a</sup> parte de su solicitud, eso es si se le nombraba o no académico y de qué clase, dispensándole los requisitos y demás formalidades de estatuto. Tomaron parte en la deliberación todos los Srs. presentes, en cuyo acto entró D. Antonio Navarrete, a quien cedió su asiento de Censor el Sr. Justiniano, que lo ocupaba interinamente, y por unanimidad fué votado académico honorario, ya atendiendo al mérito del Canto que dedicaba a la Academia, ya también a un soneto presentado en la sesión del 22 de octubre último. El Sr. Director manifestó enseguida, que los estatutos estaban completamente infringidos, por las admisiones de académicos del modo que se habían ejecutado las dos últimas, lo cual producía un compromiso para los señores que dirigían la corporación y llegaría el caso, continuando de este modo, de admitir a todo el que lo solicitara, sin que por esto se creyese que ni remotamente pudieran tener a duda que le movía a expresarse de este modo del mérito y cuali-

<sup>1</sup> G. A. BÉCQUER, *Ensayos y esbozos: La niña*, Madrid, 1961, p. 743 y ss.

dades de los sujetos a que se refería, pues tan al contrario era que lo había votado el primero. Más esto no siempre podía suceder, ni recaer estos nombramientos en personas que pudiesen votarse como se había hecho con los referidos... Acto continuo se dispuso la entrada del Sr. D. Francisco Rodríguez Zapata, el cual juró y tomó asiento en señal de posesión, después de lo cual el Sr. Director levantó la sesión de que certificó.»<sup>1</sup>

El Director de la Academia, en aquella ocasión D. Manuel María de Mármol, su maestro<sup>2</sup>, debió sentirse atraído por las octavas bíblicas del joven poeta, y, no obstante su primera discrepancia, aceptó el hecho consumado de su admisión:

*¡Sólo el Señor triunfó! Yo ví su espada  
el resplandor del rayo en la contienda  
con la sangre de sicar manchada.  
rescatarse a sus hijos en ofrenda  
el eco de cien truenos dilatada.  
Las nubes arrollar su voz tremenda  
y su airado semblante mostrar luego  
su trono brillador de ardiente fuego.*

.....  
*No dejes de entonar, Débora hermosa,  
ese canto divino que enajena,  
porque en tus labios el amor reposa  
y la paz en tu pecho de azucena  
clava en los cielos su mirada ansiosa.  
Esta mirada que de amores llena  
vendrán a escuchar los querubes  
en luminosas y ondulantes nubes*<sup>3</sup>.

Tras esta presentación oficial, la actividad literaria de Zapata corre a la par con su proceso académico, sin dejar por ello de asistir a las tertulias literarias que adornaban a la ciudad y a las que, todavía en 1849, citaba Fernández Espino como concilios de las humanidades sevillanas. Presididas por A. Lista, sin duda acudiría el joven Zapata, acompañando a su entrañable amigo Jorge Díez: «...Por las noches rodeábamos su lecho; pero aquella reunión tenía más bien el aspecto de una academia que el de acompañamiento de un moribundo. Allí se suscitaban cuestiones de alta filosofía, se analizaba el espíritu de la civilización antigua;

<sup>1</sup> R. Academia de Buenas Letras. Libro Sesiones, 20-XII-1839.

<sup>2</sup> *Catálogo de los Académicos existentes en la R. A. B. L.* p. 11 ss., Sevilla, 1871. Cfr. F. AGUILAR PIÑAL, *D. Manuel M.<sup>a</sup> del Mármol y la restauración de la Real A. Sevillana de Buenas Letras*, en 1820, Sevilla, 1964.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Poema Débora y Baruc*, Sevilla, 1840. pp. 8 ss.

sus grandes escritores, las tendencias de la civilización moderna, la moral, la historia, la literatura, las artes... Entre los que asistían ordinariamente, estaba el Sr. D. Manuel López Cepero, D. Jorge Díez, D. Antonio Martín Villa, D. Rafael Lavín y el autor de este elogio.»<sup>1</sup>

Por lo que respecta a Zapata, en el índice que poseemos de consulta de sus asistencias y participaciones en la Academia, en el período de su madurez, se distinguirá por su actividad literaria; muestra de ella será este inédito soneto a Fray Luis de León, que le valdría su ascenso inmediato a secretario segundo de la Academia y a socio numerario, de su anterior situación de honorario<sup>2</sup>.

*Si te contemplo en la prisión oscura,  
do te arrojara al fanatismo insano,  
pulsar la lira con temblante mano,  
y a la Virgen cantar en tu tristura;*

*si del fervor en la brillante altura  
donde se alzaba el verbo soberano,  
dirigirle su acento sobrehumano,  
queriendo detener la nube pura;*

*Si persuadiendo la virtud divina  
al hombre ingrato con ferviente anhelo,  
y en dulce voz que el corazón inclina;*

*apareces cual ángel que en el suelo,  
bajo humanas formas se destina,  
para que cante lo que oyó en el cielo*<sup>3</sup>.

La aparición del tema de Fray Luis de León no es ajena y particular de Zapata, sino que responde a una trayectoria de Escuela, como señaló recientemente A. Dérozier: «...Quintana en a fait longtemps figure de chef spirituel parce qu'il est particulièrement près des sources salmantines. Nous savons le profonde et durable influence de Herrera et de Rioja sur lui. Mais il n'est pas superflu de savoir son opinion sur Fray Luis de León. Dès 1807, il le fait figurer dans sa collection des Poesías selectas castellanas avec cinq odes.»<sup>4</sup>

<sup>1</sup> J. FERNÁNDEZ-ESPINO, *Prólogo. Corona poética dedicada por la Academia de Buenas Letras al Sr. D. Alberto Lista y Aragón*, Sevilla, 1849, p. 31 ss.

<sup>2</sup> A. B. L. S. Libro Sesiones, 3-IV-1841.

<sup>3</sup> A. B. L. S. Libro Sesiones, 24-I-1840.

<sup>4</sup> A. DÉROZIER, *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, Paris, 1968, pp. 270-81. Cfr. H. JURJITSCHKE, *Vida, obra y pensamiento de A. Lista*, Ap. III, Lec. IX, Madrid, 1951: «...Demos un lugar preeminente al

No sería Rodríguez Zapata, no obstante su dedicación exclusiva a la poética, ajeno a los acontecimientos políticos de la ciudad en esta época. Aspecto éste que detendría temporalmente su carrera académica, pero que será clarividente en la comprensión de su ideología y de su actitud posterior a lo largo del siglo XIX.

Un amigo entrañable de Zapata, poeta y erudito, narrará los hechos que provocaron en este año de 1843 el alzamiento y defensa de Sevilla frente a Espartero: «...Sevilla, que sólo contaba con un puñado de valientes, ajena a los combates y a los estruendos de las armas, ha derrocado con su heroica virtud y constancia sublime el poder opresor del soldado de fortuna, del hijo espúreo de esta nación magnánima... Constituyóse, pues, tan respetable asamblea. Eran unos los deseos y unos los sentimientos que animaban a todos los concurrentes: la salvación de Sevilla, de la Constitución y de la Reina. Nadie podía titubear en escoger el medio único para salir de tanto apuro y conflicto y todos convenían en que el estado de la capital no podía ser más duradero: estando prontos a hacer los mayores sacrificios para restituirle su antigua calma y libertad. Tomóse también en cuenta el estado general que presentaba la nación, no olvidando sus necesidades: y después de un examen maduro, resolvióse unánimemente, por proposición de los Srs. D. Manuel López Cepero, D. Juan Chinchilla y D. Juan Moreno Flores, hacer presente al Capitán General, «que Sevilla se hallaba resuelta a seguir el impulso general de la nación; que no había fuerzas suficientes para contenerla, y que ni el Ayuntamiento, ni ninguna autoridad podía responder de la tranquilidad pública..»<sup>1</sup>.

Es obvio, como fácilmente se deduce del texto precedente, que el acontecimiento histórico se refería a que «si las pasiones políticas hubiesen sido menos vehementes, posiblemente no hubiera sido menester levantarse en armas para acabar con un régimen inepto, porque Espartero no hubiera aspirado a ejercer la Regencia. Al repasar en la mente los detalles de las luchas políticas y de su propia existencia, Narváez no tenía que reprocharse nada, ni arrepentirse del menor de sus gestos..»<sup>2</sup>.

El verso de Zapata, suscrito en 1841, parece adelantarse a su visión convulsa de España:

---

grande Luis de León, genio de felicidad en la poesía y excelente escritor en prosa, grande imitador de los griegos y latinos y muy digno de ser imitado por cuantos cultivan la poesía española...».

<sup>1</sup> J. AMADOR DE LOS RÍOS, *Alzamiento y defensa de Sevilla*, Sevilla, 1843, p. II.

<sup>2</sup> A. REVEZ, *Un dictador liberal: Narváez*, Madrid, 1953, p. 131 ss.

*El rayo de repente les divide,  
y en volcanes y en humo las convierte ;  
y al par que raudo los espacios mide,  
lleva en su seno el gérmen de la muerte.*

.....  
*Así miré caer al poderoso  
que aturdió con su voz al desgraciado:  
y al tirano en su solio esplendoroso  
con sangre humana por doquier manchado <sup>1</sup>.*

Zapata se integra en su Abadía de Olivares, y de forma corporativa se adhiere a la Junta de Sevilla. El texto será interesante, porque explicará el índice de liberalismo moderado suscrito posteriormente por él, su honda afinidad donosiana y el aliento poético de corte neocatólico tradicional que cubrirá su obra poética:

...“El Cabildo de la Insigne Iglesia Colegial de Olivares, firme en los mismos principios, animado de los mismos sentimientos que manifestó a V. E. en su comunicación de 4 del actual, no pudo menos que afectarse profundamente, al saber que las vandálicas huestes del general Van-Halen, oprobio del siglo XIX, se acercaban a la hermosa capital de Andalucía. A medida que esa horda de asesinos, acaudillados al fin por el ingrato dictador de España, queriendo infundir por todos los ámbitos de esa población inmensa la desolación y el espanto, arruinaban con una lluvia de fuego los pacíficos hogares del ciudadano... Mas habiendo pasado tan deshecha tempestad, habiendo permitido el Todopoderoso, para confusión de los hijos espúreos de la patria «que se salve el país, que se salve la Reina, que se salve la perla del Betis», sin que la hayan empañado con su aliento impuro los pérfidos opresores que la circundaban. El júbilo de esta corporación es tan profundo como lo fue su amargura. También es inmenso, como el cúmulo de lisonjeras esperanzas que nos ha hecho concebir el suspirado gobierno que nos rige, y cuyas palabras de paz, conciliación e independencia nacional, pronunciadas en días de tristísimo recuerdo, encontraron eco en el corazón de todos los buenos españoles... Tales son los sentimientos que abrigan nuestros pechos, y que nos apresuramos en la efusión de la más fervorosa gratitud a unir a los de V. E. —Olivares, 31 de julio de 1843. Pedro Berenguer, Presidente. A. Bermúdez Ramirez. L. Rodríguez Infante — Rafael A. Limón, gobernador — Manuel Peraza — José Muñoz — Francisco Rodríguez Zapata” <sup>2</sup>.

Transcurrido el acaecer político, nuestro poeta reanudará sus actividades académicas y termina los grados que el pronunciamiento había dejado en suspenso. La Licenciatura y Doctorado de Zapata,

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Poema *Las Nubes*, Rev. Andaluza, T. III, Sevilla, 1841, p. 143 ss

<sup>2</sup> *Exposición* que hace el Cabildo de la Insigne Iglesia de Olivares a la E. x. m. a. Junta de Gobierno, Sevilla, 1843. Arc. Parroquial de Olivares. Exp. R. Zapata s/n.

respectivamente en 1846 y 47, serán los pasos decisivos que le reintegrarán a un puesto docente, desde el que ejercerá un magisterio y en el que se reencontrará con su discípulo Bécquer. No estarán lejanos ya los días en que la práctica de una determinada técnica literaria se convierta en un módulo educativo para una pléyade de jóvenes que van a expresarse con una radical y distinta expresión poética <sup>1</sup>.

Casi a punto de recibir el grado de Licenciado, Zapata solicita del Jefe Superior Político de la provincia, alegando méritos académicos y expresiones de «excelente conducta moral y política», se digne, «en virtud de las facultades de que se halla investido por el nuevo plan de estudios, de agradecerle con dicha cátedra de Historia y Mitología.» <sup>2</sup> A estas alturas Rodríguez Zapata llevaba explicando seis años en el Colegio de Humanidades de San Diego y presentaba como méritos siete cursos de Teología, otros tantos de Jurisprudencia, amén de otros en Filosofía y Derecho Canónico.

No había descuidado por esta razón nuestro poeta sus actividades literarias, que seguían a pleno ritmo. Lecturas y comentarios en la Academia, debates sobre la poesía y las buenas letras, y algún que otro poema que aparecerá en la revista de turno:

*¿En dónde están sus tumbas? Buscar quiero  
el esparcido polvo de los sabios,  
y estamparle con llanto lastimero,  
trémulos de dolor, mis yertos labios.*

*Quiero en las noches embalsamar con flores  
de aquellos héroes el sepulcro umbrío,  
del desierto a los ásperos rumores,  
junto al hirviente cauce del gran río.*

*Digno tributo a la profunda ciencia  
de aquellos que lanzar pudo la España,  
por sostener su celestial creencia,  
y el divino candor que la acompaña...<sup>3</sup>.*

La situación académica de Rodríguez Zapata se cimenta. Incluso, en 1847, pronuncia el discurso de apertura en los estudios de Bachilleres, cuyos comentarios serán más apetitosos en adelante.

En su hoja de servicios, milagrosamente conservada, consta «Cate-

<sup>1</sup> Exp. cit. Académico, Universidad de Sevilla, Idem, nt. 1 p. 430.

<sup>2</sup> Exp. cit. Académico, Universidad de Sevilla, Idem, nt. 1 p. 430.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Poema *La Giralda*, Rev. Andaluza, T. IV, Sevilla, 1842, p. 484.

drático de Retórica y Poética previa oposición por la Real Orden de 12 de febrero de 1847 y Título expedido en 12 de mayo de 1847..... Fue nombrado por el Sr. Rector, *Catedrático de Retórica del Colegio Real establecido en San Telmo*, desempeñando estas asignaturas hasta la extinción de aquel...»<sup>1</sup>. Como se puede comprobar la fecha de nombramiento es la misma en que G. A. Bécquer inicia sus estudios, según se demuestra en el traslado de su examen de primeras letras en dicho Real Colegio:

“Dispuesto por el Sr. Director la celebración de exámenes generales con arreglo a ordenanza, y pasados los correspondientes oficios a los Srs. Comandante del Tercio Naval el Capt. de Navío D. Pedro Talens, se dió principio a ellos, el quince de marzo de 1847, a las 11 de su mañana, en la sala de juntas, bajo la presidencia del citado Sr. Director Brigadier de la Armada D. José de Olaeta. Asistiendo dichos Srs. D. Julián Carmona, Alférez de Fragata, 1.º Catedrático de Matemáticas; D. José Montengón, segundo id. D. Francisco de Paula Pineda, profesor de primeras letras y el Contador Vocal Secretario, y después de ser examinados todos los alumnos de doctrina cristiana en el que manifestaron cabal inteligencia, se correspondió a proceder al de primeras letras, resultando lo siguiente:

*Primeras Letras:*

D. Gustavo Adolfo Bécquer. — Sobresaliente y pasó a la primera clase de Matemáticas.

.....»<sup>2</sup>.

El óbito de A. Lista, que se produce en 1848, es la piedra de toque por la que se toma conciencia de escuela. Es fácil comprobar en la *Corona Poética* dedicada a su memoria el número de admiradores y seguidores que figuran en ella<sup>3</sup>. Zapata colabora ampliamente en ella. Inserta un famoso soneto, cuya factura recuerda enormemente los versos suscritos por el propio Bécquer en la misma luctuosa ocasión:

<sup>1</sup> Rodríguez Zapata, F. Hoja de Servicios Instituto S. Isidoro de Sevilla, Sec. Exp. Personales. Cfr. idem: Libro 1.º Exp. nombramientos catedráticos, 1845-1852, núm. 938, fol. 96. Archivo Universidad de Sevilla.

<sup>2</sup> Libro 7.º donde se asientan los acuerdos de Junta que se celebran en este Real Colegio de S. Telmo, 20 julio de 1819, h. 1847, núm. 316, fol. 155 v. Se incluye fotocopia.

<sup>3</sup> C. Coronado. J. Hartzenbusch. Rodríguez Zapata. Juan M.ª Capitán. Luis S. Huidobro. A. M.ª Dacarrete. J. Amador de los Ríos. Bretón de los Herreros. Rodríguez Rubí y V. Ruiz Aguilera, entre otros.

*¡Licio murió! La Bética ribera  
no escucha de su vate el dulce acento,  
ni sube al estrellado firmamento  
la voz sublime del moderno Herrera.*

*Apagada su fulgida lumbrera,  
perdido para siempre su ornamento,  
la historia lanza fúnebre lamento,  
las ciencias paran su inmortal carrera.*

*Con abundosas lágrimas empaña  
la alma virtud su cándido semblante,  
hiere su seno desolada España.*

*Sólo el Olimpo, cual jamás radiante,  
dó quier de sacro júbilo se baña,  
¡Licio! ostentando en letras de diamante <sup>1</sup>.*

Y de nuevo suenan en nuestros oídos las palabras del discípulo:

*¿Ois? ¡Murió!, repiten asustadas,  
con flébil voz, las Musas, y, aterrado  
también Apolo con dolor repite:  
«Murió por siempre» <sup>2</sup>.*

El paso de la muerte de Lista, ya diremos más adelante, supone a Zapata el magisterio poético de la escuela. La voz consoladora va supliendo el primer dolor:

*La excelsa sombra del anciano Homero  
le acarició en la cuna;  
Píndaro su horizonte iluminaba,  
y entre flores abrieron su camino  
Marón y Horacio y Ezequiel divino.*

.....  
*Así pudo robar al grande Herrera  
el fuego y la osadía,  
las delicadas tintas a Rioja,  
a Arguijo el estro, y con su llama pura  
al dulcísimo Laso la ternura... <sup>3</sup>.*

A partir de este momento la vida de Zapata se circunscribe al ámbito cultural. Especialmente será la Academia de Buenas Letras la que se convierta en su deleite predilecto. De una forma constante los Libros

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA. Cfr. Corona, cit. p. 39.

<sup>2</sup> G. A. BÉCQUER, *Oda a la muerte de A. Lista. Obras Completas*. p. 501.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elegía a la muerte de A. Lista*, cit. Corona, p. 56.

de Actas del centro lo hacen aparecer en alguna que otra gestión. Lee composiciones de C. Coronado y Juan María Capitán, el poeta antequereño-jerezano <sup>1</sup>. Se le nombra Censor de la Academia <sup>2</sup>. Comenta los *Romances Pintorescos* de Hartzenbusch y dialoga con Amador de los Ríos sobre la poética sevillana. En 1852 propone como académico al director del periódico literario madrileño *El Trono y la Nobleza*, Don Manuel Olivo, y no se olvide que en dicha publicación aparecerá un romance del juvenil Bécquer:

*Como la blanca azucena  
que en el solitario valle  
al suspiro de la brisa  
desplega el cerrado cáliz,  
tan pura como son puros  
los pensamientos de un ángel,  
y más cándida y más bella  
que la aurora cuando nace,  
en pudor y dulces gracias  
en gentileza y donaire  
crece la hermosa María  
hija del Conde D. Jaime... <sup>3</sup>.*

En alguna que otra ocasión recita un soneto, su fórmula predilecta, que ha pulido y trabajado concienzudamente. He aquí dos inéditos en los que no sería difícil rastrear la huella clásica:

Al Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana.

*¿Quién el fuego te dió, quién la osadía,  
que enaltece tus versos, gran Quintana,  
y a tu lira la magia sobrehumana  
de lanzar a torrentes la armonía?*

*Del mar cantaste la braveza impía,  
a la hermosura como flor temprana,  
a Iberia hollando la opresión tirana,  
de Pelayo y Guzmán la bizarría.*

*Por ti sublimes genios ya reviven,  
dechados de virtud y patriotismo,  
en la mente del bueno y en la historia,*

<sup>1</sup> R. A. B. I. Libro Sesiones, 25-II-1849, fols. 361-62.

<sup>2</sup> R. A. B. I. Libro Sesiones, 19-X-1849.

<sup>3</sup> G. A. BÉCQUER, Romance *El Trono y la Nobleza*, Año IX, núm. 47, p. 289.

Cfr. BALBÍN, *op. cit.*

*y al par que en nuevos lauros hoy reciben  
la adoración, que inspira el heroísmo,  
dos mundos llena el astro de tu gloria*<sup>1</sup>.

Al Sr. D. Juan Nicasio Gallego

*Te dió su lira, cuyo son inflama  
el sublime cantor de aqueste suelo,  
el inspirado Píndaro su vuelo,  
el diuo Apolo su encendida llama.*

*Así cantaste, y por do quier la fama  
llevó de mayo el funerario duelo,  
de ilustre vate el triste desconsuelo,  
y el grito de Albión que hollada brama.*

*¿A dónde el eco de tu voz no alcanza,  
si de las artes en loor resuena,  
si augura en Isabel grata esperanza?*

*La Iberia al escucharte se enajena,  
la eternidad responde a tu alabanza,  
tu nombre el templo de la gloria llena*<sup>2</sup>.

Cualquier acontecimiento de índole nacional servirá a Zapata para expresarse como poeta áulico. Algún día lo estudiaremos como poeta bíblico. La visita realizada a Sevilla en 1862 por D<sup>a</sup>. Isabel II acaso arrastraría un poco su nostalgia, ya que no en vano fue uno de los colaboradores más eficaces en aquella junta cívica de 1842 que derribara a Espartero, y por otra parte también mediaría en esta composición su categoría de Capellán Real, dignidad que ostentaba desde la extinción de la Abadía de Olivares. El poema, aunque es de circunstancias, interesa por las afinidades becquerianas. De él entresacamos algunas estrofas:

*Entrad, Señora, en el famoso templo  
de colosal grandeza,  
de la antigua piedad sublime ejemplo,  
y de española alteza.*

...

*En gótica, severa arquitectura,  
maravilla del Arte,  
hoy parece que aumenta su hermosura,  
ansioso de admirarte.*

...

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Sonetos inéditos, R. A. B. L. Sesiones, 1849.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Sonetos inéditos, R. A. B. L. Sesiones, 1848.

*Sus naves recorred, donde el incienso  
en nubes se levanta  
al altísimo trono del Inmenso  
con la plegaria santa.*

...

*Y del órgano místico a los sonos  
y a los sacros cantares,  
llanto de amor en vivas emociones  
llevad a los altares.*

...

*Aquí el sepulcro de Fernando el Santo  
¡adorad prosternad!  
Ved su cetro y corona y regio manto  
y su temida espada...<sup>1</sup>.*

Confrontemos, al menos el tema, con la Rima 81 de Bécquer:

*En la imponente nave  
del templo bizantino,  
vé la gótica tumba, a la indecisa  
luz que temblaba en los pintados vidrios<sup>2</sup>.*

De una forma ininterrumpida asiste Zapata a las reuniones de la Academia hasta esta fecha de 1862; después desaparece. Faltan epistolarios, por lo menos desconocidos por nosotros, que demuestren muchas cosas y que indudablemente salvarían imponderables lagunas. Es cierto, sin embargo, que en su labor docente encuentra tiempo para pulimentar y releer sus viejos y nuevos poemas. La memoria de sus amigos desaparecidos, la amistad con Donoso, fraternal; tantas cosas experimentadas, van espiritualizando cada vez más esta existencia poética. Es la hora de las recopilaciones y memorias. Algunos trances amargos aparecerán en su vida. La muerte de algún discípulo querido como García Tassara le hará expresarse hondamente:

*¡Quien, oh caro Gabriel, feliz tuviera  
en tu fatal partida  
tu entonación, ya blanda, ya severa,  
de mí siempre aplaudida!<sup>3</sup>.*

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Oda a S. M. la Reina D.<sup>a</sup> Isabel II*, Sevilla, 1862.

<sup>2</sup> G. A. BÉCQUER, Rima LXXXI. Ed. R. DE BALBÍN. A. ROLDÁN, Madrid 1968, p. 28 ss.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elogio a Gabriel García Tassara*, en *Corona Poética en honor de D. Gabriel García Tassara*, Sevilla, 1878, p. 159 ss.

La incomprensión de la nueva generación le aparta de la Academia. Todo ello no es óbice para que su labor poética siga. Van a aparecer, casi de forma continuada, sus *Trozos*, de los que hablaremos más adelante, y algunas recopilaciones poéticas de carácter religioso, como *Glorias históricas y religiosas de S. Fernando* y su celebrado *Cancionero de la Inmaculada Concepción*<sup>1</sup>, obras en las que gravita el amor por la madre muerta.

De ellos entresacamos dos sonetos, en los que vuelve a alentar su formación clasicista:

Soneto a Fernando de Herrera

*El sublime cantar, o grande Herrera,  
que consagraras al tercer Fernando,  
de la tierra los dmbitos llenando,  
cruzó armonioso la celeste esfera.*

*El himno ardiente de los triunfos era  
contra las armas del morisco bando,  
que en Sevilla logró ver tremolando  
por luengos siglos su fatal bandera.*

*Gloria también a ti, Cisne divino,  
orgullo de la Musa castellana,  
por el lauro mejor que orna tu frente.*

*Siempre será tu acento peregrino  
eco solemne de la Fe cristiana,  
trueno que asorde a la precita gente*<sup>2</sup>.

Y este otro soneto, publicado en 1875, reelaborado de otro editado en 1838, de honda raíz garcilasiana:

*Cual resalta del bosque en la espesura  
la cristalina y sonora fuente,  
que por malezas la sutil corriente  
a los sedientos valles apresura;*

*como la concha nacarada y pura,  
que sobre humildes algas esplendente,  
del mar exorna la cerúlea frente,  
retratando en sus olas la hermosura;*

*semejante al destello de la aurora,  
que nuncio de bonanza y de alegría,  
al mundo anima, los espacios dora;*

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Cancionero de la Inmaculada Concepción*, Sevilla, 1875.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Glorias Históricas y religiosas de S. Fernando*, Sevilla, 1874, p. 370.

*tal entre los humanos brilló un día,  
libre de mancha vil y corruptora,  
madre del Verbo, la sin par María*<sup>1</sup>.

Como fruto de esta vejez sosegada se produce el reingreso en la Academia de Buenas Letras el 18 de junio de 1875; es acaso el símbolo de la superación de viejas rencillas: «...La Academia se enteró con viva satisfacción de que la autorización dada al Excmo. Sr. Director en la sesión antecedente respecto a los Srs. Académicos dimisionarios y al único preeminente excluido de la Academia desde la creación de esta clase, había dado el resultado apetecido, en los términos más convenientes y decorosos para la corporación como para dichos Srs. volviendo en su consecuencia a pertenecer a aquella en los mismos términos que anteriormente los Srs. D. Francisco Rodríguez Zapata y D. Juan José Bueno, individuos preeminentes y los Srs. D. Juan Nepomuceno Escudero y D. Cayetano Fernández, individuos de número y a D. Victoriano Guisaroles, hoy digno obispo de Teruel...»<sup>2</sup>.

Por último, nuevamente, el centenario de Calderón hará oír su voz, con motivo del homenaje que rinde al poeta madrileño el Instituto Provincial de Sevilla. Será ello un bellísimo romance de factura clásica, restituidor de las calidades del eminente clásico:

*A orillas del Manzanares  
naciste en dichoso día,  
para ser entre sus hijos  
la antorcha más peregrina,  
para extender por el mundo  
sus ráfagas nunca vistas,  
de la dramática escena  
en las esferas más limpias.  
Eres en ellas un astro,  
que en órbita inmensa gira,  
y en la noche de los siglos  
ni se amengua, ni se eclipsa...»<sup>3</sup>.*

Pero la existencia del maestro Zapata se agota; el 14 de agosto de 1889 entregó su alma al Creador. He aquí las palabras que se incluyeron en su necrología de la Academia, recitada por D. Eloy García Valero: «...Ante todo cúmpleme designar que el Sr. Zapata era un digno y piadoso mi-

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *idem. Cancionero*, cit. p. 678.

<sup>2</sup> R. A. B. I., *Libro de Sesiones*, 18 junio 1875. (T.º 7.º).

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Romances a Calderón*, en *Homenaje que el Instituto Provincial de Sevilla* consagra en sesión solemne, el 26 de mayo de 1881.

nistro del Señor, piedad que confirma el mayor número de sus producciones literarias, de carácter religioso místico y aún ascético algunas, y que revelan al par que nuestro insigne amigo conoció muy bien los ricos tesoros, que en este orden encierran las letras patrias... Los defectos del Sr. Zapata eran más bien defectos de su época; de las circunstancias que le rodearon; de las aficiones y gustos dominantes, cuya vacuidad y pueriles y ficticios empeños, si me permitías este atrevido juicio, hallamos nosotros tan fácil de conocer y determinar, cuando los gustos han fijado tan profundas diferencias entre la manera de ser de esta sociedad y las ideas y corrientes generales de aquellos tiempos en que se formó y condensó la inspiración del Sr. Rodríguez Zapata...<sup>1</sup>.

No nos parecen justas las palabras del Sr. Valero. Sí es cierto que Rodríguez Zapata fue efectivamente un poeta de encrucijada histórica, pero con una honda problemática y con aientos poéticos, que en algunas ocasiones rozan el misticismo. Por esta razón, y por ser el primero en una generación romántica bien podríamos aplicarle aquellas palabras conmovedoras de Ben Jonson, dedicadas a Shakespeare: «...He amado al hombre y honro su memoria hasta la veneración, como superior a otra alguna. Era honesto y de naturaleza abierta y libre».

### 3) *Afinidades poéticas becquerianas del M.<sup>o</sup> Rodríguez Zapata*

Vimos con detenimiento el aspecto biográfico del maestro, porque ello lo considerábamos una base fundamental sociológica, sobre todo en los determinantes poéticos que habrían de operar sobre el joven discípulo. Pero, antes de caminar más adelante, justo sería establecer una premisa de situación, de la que parte el maestro: es ese concepto tantas veces nombrado de *ilustración romántica*, que prefigura una postura, y para ello nada mejor que oír su propia palabra: «...Hemos conjurado, a la par que los desafueros de la Revolución, los deplorables errores del Romanticismo; Lista y nosotros con sus ejemplos y doctrinas hemos sido los defensores de la *escuela clásica*. No por eso rechazamos nunca sistemáticamente las saludables reformas, que el espíritu del siglo, las profundas investigaciones filosóficas, y las necesidades o exigencias de los adelantos actuales pudieron haber introducido en las ciencias y en la literatura...»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> E. GARCÍA VALERO, *Necrología de D. F.<sup>o</sup> Rodríguez Zapata*, Sevilla, 1892.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Corona Poética a A. Lista*, cit. ant. (Notas finales). Sobre el concepto «ilustración romántica» véase nuestro libro *El Dado López Cepero y la Ilustración Romántica*, Jerez. Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1970.

No cabe duda que el comportamiento del primer Bécquer, el que a nosotros nos interesa, realizó su formación bajo esta secuela de la ilustración romántica, en aquellos estudios de latinidad iniciados en el Colegio de San Telmo, y continuados posteriormente bajo la misma prefectura de Rodríguez Zapata. Las conocidas líneas de Campillo así lo confirman: «... Había en Sevilla, al margen del río, un colegio de pilotos, de altura, llamado S. Telmo, palacio hoy de los Duques de Montpensier, en cuyo establecimiento, planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Mareantes*, de Triana. Era preciso para ingresar en ella ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado, que costeaba la educación y alimentos de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de S. Telmo... Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario; y digo nuestro, porque, siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho Colegio un espantable y disparatado drama, que se titulaba, si mal no recuerdo, *Los conjurados*.... El Colegio fue suprimido de Real Orden y nos encontramos en la calle... Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aún con más disposiciones para la literatura, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costeó algunos estudios de latinidad...»<sup>1</sup>.

La filiación magistral de Zapata queda patente, en cuanto no sólo había ejercido su cargo de Profesor de Retórica en dicho estamento docente, sino antes en el Colegio de S. Diego, en donde estudiara Valeriano, bajo la tutela del mismo maestro.

Como decía el eximio historiador de la segunda escuela sevillana —Lasso de la Vega— «... la poesía, ese armonioso y apasionado lenguaje en que el espíritu expansivo revela sus sentimientos, es, sin duda, la expresión exacta del carácter, las costumbres, la religión, la filosofía, el genio, en fin, del pueblo que la produce. El poeta es un reflejo tanto de la naturaleza que le circunda como de la civilización que ha alcanzado el país en que reside...»<sup>2</sup>. Y de acuerdo con este razonamiento el maestro Zapata, y por ende las primeras producciones prosaicas y versificadas de Bécquer tendrían una gran influencia de ese medio ambiente llamado «ilustración romántica».

En este sentido los *Anales de Sevilla*, de Velázquez y Sánchez, son

---

<sup>1</sup> N. CAMPILLO, *Biografía de G. A. Bécquer en Páginas desconocidas de G. A. Bécquer, recopiladas por F. Iglesias Figueroa*, Madrid s/f. Idem. *El Noticiero Sevillano*, año XXI, núm. 8061, jueves, 10-IV-1913, p. 1.<sup>a</sup>

<sup>2</sup> LASSO DE LA VEGA, *op. cit.* T. I, p. 1 ss.

taxativos: «...El movimiento literario de la capital de Andalucía determinaba el divorcio de la juventud de las tradiciones clásicas de los Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos, Iriarte, Huerta y Moratines; creyendo tímidas las innovaciones en jiros y formas de Arriaza, Gállegos, Lista, Blanco, Martínez de la Rosa y el inspirado Quintana, y afiliándose a la escuela romántica de Victor Hugo y Dumas con ese apasionamiento que denuncia el contagio de las épocas de transición, en que, renunciados los normales principios, derivan los espíritus hacia la novedad, tropezando en los escollos de la extravagancia. Sin embargo, de esta fiebre, que agitaba la sangre de la nueva generación literaria, las lecciones de sabios maestros influían poderosamente en contener sus ímpetus dentro de condiciones eminentemente clásicas; y el fogoso autor del *Diablo Mundo*, modelando su pensamiento en Byron y Goethe, permanecía fiel a las enseñanzas de Lista en pureza de gusto y aticismo de lenguaje. En Sevilla representaban la tradición clásica Puente y Apecechea, Amador de los Ríos, *Rodríguez Zapata*, Bueno y Valdelomar, mientras Fernández Espino, Tenorio y Castilla, Cañete y Figuroa, seguían el nuevo rumbo...»<sup>1</sup>. Y aún prosiguiendo el relato del ambiente tertuliano, enriquece el cronista su interesante noticia.

El cartel de clasicista que pesa sobre el maestro, casa perfectamente con aquellos criterios ambiguos que sobre la liberación romántica señalaba A. Peers y cuyo concepto había expuesto el propio Zapata en su manifiesto de *El Cisne*: «...Llámesese o no romanticismo, su denominación poco importa. Sentimental y filosófica por necesidad, se insinúa en el corazón, más bien que en los oídos... Bien convencidos se hallan de cuán árdua y espinosa es la empresa que han acometido... pero se glorían de haber levantado tal vez los primeros la enseña misteriosa de la revolución literaria en las provincias de España, y de haber abierto en ellas el camino para publicaciones de más méritos. Estimulados por su voz, aunque débil, otros jóvenes que aún duermen en criminal abandono, despertarán sin duda, y brillarán quizás, como brillaron en este suelo no ha muchos años los Licios y los Danilos y el sublime cantor de la Inocencia (Reinoso). ¡Gozosa gloria tres veces a sus nombres, aún más gratos al corazón, que las primeras ilusiones de un amor puro!»<sup>2</sup>.

No podemos olvidar que Zapata, hasta cierto punto, no podía ser más que el trasiego con personalidad del inefable Lista, bajo cuya preocupación se habrían de formar los dos discípulos.

<sup>1</sup> J. VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ, *Anales de Sevilla (1800-50)*, Sevilla, 1872, p. 453.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *A nuestros suscriptores (Manifiesto) (El Cisne, núm. 1, 3 de junio de 1838, p. 2 ss.)*.

«La muerte de Lista —dice H. Juretschke— demostró, una vez más, la honda influencia que había ejercido sobre la juventud». Diarios y revistas le recordaron y sus amigos y discípulos se reunieron para publicar una *Corona Poética* que, editada por Fernández Espino, contenía poesías de Rodríguez Zapata, E. Hartsenbusch... y —prosigue más adelante—, los alumnos de Cádiz y de Sevilla sólo conocerían al segundo Lista, al crítico adverso a la Enciclopedia y al defensor de la Filosofía de la Historia y la reafirmación nacional. Fernández Espino, Cañete, Huidobro, Bécquer, Zapata o Amador de los Ríos, se sitúan más o menos conscientemente en esta línea. La influencia de este segundo Lista irradia ya hacia todas partes durante su vida.<sup>1</sup>

Esta amistad será subrayada en muchas ocasiones, y bastaría releer atentamente la excelente correspondencia de Lista, publicada por Juretschke, para darse cuenta del aprecio y estima en que le tenía<sup>2</sup>.

En un principio la estética poética de Zapata se apoya en A. Lista, cuya deuda al jerezano Deán Manuel López Cepero es evidente en el plano ideológico. El nacionalismo de nuestro Deán, a fuer de personalidad destacada a la que Lista debía favores importantes, tenía que imponerse<sup>3</sup>. En este sentido López Cepero, al que en tantas ocasiones mencionamos, mantenía por medio de Lista, aunque no era su fuerte el aspecto creativo literario, una serie de razones nacionalistas estéticas que obrarían de forma definitiva en el quehacer de la escuela, y en cuyos debates tomaría parte, según el sentir de Fernández Espino: «...Entre los que asistían ordinariamente, estaba el Sr. Deán D. Manuel López Cepero, don Jorge Díez, ...»<sup>4</sup>.

Es, pues, normal que su hondo hispanismo se expresara en forma directa: «... El pendón y la espada que están en ese altar al pie de la Cruz hicieron siempre invencibles a mis hijos, y vuestros padres arrojaron los árabes a Africa con esas armas. Cortés y Pizarro se apoderaron del nuevo mundo con las mismas, y con ellas también Balboa tomó posesión de los mares que separan aquel hemisferio... Despliega tú, continuó, dirigiéndose al anciano, despliega tú esa bandera, para

<sup>1</sup> H. JURETSCHKE, *Vida, obra y pensamiento de A. Lista*, Madrid, 1951, p. 373.

<sup>2</sup> H. JURETSCHKE, *op. cit.* Carta XCIII, p. 682: «...A los Srs. D. Jorge Díez y D. Francisco Rodríguez Zapata los tiene en Madrid haciendo oposiciones a dos cátedras de esta Universidad, con gran probabilidad de conseguirlas» (Cátedras de Estudios de Bachiller).

<sup>3</sup> Cfr. Correspondencia del Deán López Cepero y A. Lista, publicada en mínima parte en la citada obra de H. JURETSCHKE. Es nuestra intención dar a la luz pública en fecha próxima la correspondencia más importante del Deán.

<sup>4</sup> *Op. cit. Corona poética a Lista. Prólogo.*

que todos mis hijos se inflamen al verla y contemplen que esos castillos y leones ondeaban en el orbe entero...»<sup>1</sup>.

El mantenimiento de esos profundos criterios románticos aborígenes venían a coincidir con un idealismo absoluto, cuya razón más profunda está en un comportamiento nacional de influjo político, más que en una veleidat literaria. El propio Lista diría en defensa de ese espíritu romántico relacionado con la política: «...Se cree con bastante generalidad que la oratoria necesita para su perfección de un gobierno libre de los debates de la tribuna. Nosotros estamos persuadidos de que esto es verdad, no en cuanto a la oratoria en general, sino en cuanto a los géneros a que se da más importancia en los gobiernos populares...»<sup>2</sup>. Y por si aún fuera poco, la carta inédita de Cepero, dirigida a Zorrilla, es todo un elogio de la nueva generación: «... Si a los 66 años que lleva de respirar este pecho mío han podido los versos de V. incendiarlo con una hoguera repentina ¿qué hubiera sentido cuando nuestra patria era dominada por los Francos o Espartero arrojaba bombas a Sevilla? Crea Vd., señor amigo, pues ninguno puedo tener mayor en este mundo, que jamás haya sentido más violento placer con los efectos de la poesía y del amor patrio. Si la nacionalidad de España hubiera caducado, como aseguran algunos torpemente, Vd. bastaría para rejuvenecerla, y crearía un nuevo Pelayo y Cides, Garcilasos, y Riojas, Herreras y Murillos...»<sup>3</sup>.

El acercamiento a un género poético populista se debatía en la Academia de Buenas Letras, de la que no olvidemos formaban parte Cepero, Zapata, y Joaquín Bécquer, cuya influencia se dejaría sentir en el sobrino.

De la sesión de 3 de noviembre de 1843 se transcriben unas palabras de Rodríguez Zapata, auténtico manifiesto de la nueva escuela: «... El señor Zapata usó de la palabra, para examinar el estado de la literatura, especialmente de la poesía lírica. Y haciéndose cargo de la índole que caracterizó a nuestros poetas del siglo XVI, probó, con gran copia de razones, que el espíritu religioso que había animado a nuestros mayores, había sido el alma de la poesía lírica, así como también de la dramática. Como prueban los aciertos de Fr. Luis de León y S. Juan de la Cruz... Propios de una imaginación fogosa, cuya alma sublime se había alimentado con la contemplación de los sagrados misterios de la religión cristiana,

<sup>1</sup> Texto inédito original del Deán López Cepero, *Alegoría de España*, datado sobre 1850.

<sup>2</sup> A. LISTA, *Ensayos literarios y críticos*, Sevilla, 1844, pp. 30-33.

<sup>3</sup> Carta inédita de M. López Cepero a Zorrilla, datada en 1-XII-1845, cortesía del Sr. Soto Molina.

cuyo fuego había ardidido en los corazones de sus mayores... Añadió que la filosofía tornaba a enderezar sus pasos por la senda del *espiritualismo (idealismo poético)* que a tan bellas regiones llevaba la imaginación; y no estaban muy lejanos los tiempos, en que, borradas las huellas del filosofismo del siglo último, apareciese una era de ventura y de paz, reconciliados ya los hombres con las santas y antiguas máximas...»<sup>1</sup>. El Sr. Amador de los Ríos, en aquella sesión memorable, subrayaría: «... Añadió enseguida que el Sr. Zapata había señalado como una de las fuentes en que bebieron nuestros vates del siglo de Oro sus inspiraciones al *romancero castellano* de ocho sílabas; y que, según su opinión, no sólo debía señalarse como una fuente de la poesía lírica, sino como origen y fundamento de toda nuestra literatura y poesía...»<sup>2</sup>.

A esta influencia culta y de debate uniré Bécquer como poeta más distinguido de la generación un conocimiento directo popular, cuya valoración aún no ha sido realmente hecha.

En varias ocasiones, como recuerdo de añoradas épocas pasadas, se expresará nuestro Bécquer de la forma siguiente: «...Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros... cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas a las flores; Herrera, en sus tiernas elegías, y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura... soñaba dormir el oro de la inmortalidad, a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas...»<sup>3</sup>. Siempre volverá a añorar tiempos pasados, paseos que por la Alameda o la Barqueta excitaban su mente infantil: «... Acaso, cuando yo vuelva a mi Sevilla, me recordarán algunos de ellos, días y cosas que, a su vez, me arranquen una lágrima de sentimiento, semejante a la que hoy brota de mis ojos al recordarla»<sup>4</sup>. Y prosigue: «...el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria...»<sup>5</sup>.

La pléyade de los nuevos poetas, entre los que descuella Bécquer, no podía olvidar el criterio ampliamente abierto en ideología que el factor del grupo, Deán López Cepero, operara sobre ellos: «...Como no es susceptible de disputa —decía el jerezano— que el diálogo es la mejor manera de hacerse inteligible a la juventud, aún en cosas triviales y

<sup>1</sup> R. A. B. I. S. Libro de Sesiones, 3-XI-1843. (Rodríguez Zapata).

<sup>2</sup> R. A. B. I. S. Libro de Sesiones, 3-XI-1843. (A. de los Ríos).

<sup>3</sup> G. A. BÉCQUER, *Obras Completas*, p. 570.

<sup>4</sup> G. A. BÉCQUER, *Obras Completas*, p. 1307.

<sup>5</sup> G. A. BÉCQUER, *Obras Completas*, p. 351.

sencillas, no he dudado que debía adoptarlo en una materia que, por su naturaleza, es metafísica y abstracta... Y supuesto que estás instruido en los rudimentos de nuestra santa religión, conociendo por ella cuanto le debes a Dios, tiempo es ya de que comiences a pensar en lo que te debes a tí mismo y a tus semejantes. Estos tres deberes son los que constituyen todas las obligaciones del ciudadano o del hombre social, y tienen entre sí una unión tan estrecha, que nunca podrás ser buen cristiano mientras que no seas igualmente un buen ciudadano y un miembro útil a la sociedad...»<sup>1</sup>.

Sobre los supuestos de una sólida formación religiosa se opera el estro poético de la ola becqueriana, «...no se escribió la Biblia para satisfacer las curiosidades de los hombres sino para enseñarnos lo necesario para nuestra salvación...»<sup>2</sup>, pero dentro de un índice amplísimo de personalidad y criterio en libertad.

En el crucial año de 1847, fecha del examen de ingreso de Bécquer, pronuncia Rodríguez Zapata el discurso de apertura universitaria. Las ideas que allí se comprimen podrían resumir, en líneas generales, todos sus criterios y gustos literarios, que, a buen seguro, inculcaría a sus aventajados discípulos.

La historia literaria a la que pasa revista es «para la nación como un foco de luz, de donde parten los rayos que se encuentran en España...»<sup>3</sup>. Ante él irán apareciendo las claras figuras del siglo XVI. Gerónimo de Chaves, Luis del Alcázar, *intérprete bíblico*; el inefable maestro Francisco de Medina; el grande Herrera, formador del dialecto poético español; Rioja, el de gusto más delicado y sensible; Arguijo, el artificioso sonetista realizador del pensamiento; Jáuregui, Pacheco y tantos otros. Enjuicia la decadencia literaria posterior, no obstante los esfuerzos beneméritos del P. Flores, del jerezano Guceme, de Lasso de la Vega y de Trigueros, precursores de una generación literaria imposible de prosperar por «...haberse viciado los estudios y frustrado las doctas miras de sus fundadores... el olvido de las lenguas, tan necesario a todo literario... las corrompidas ideas de los hombres notables sobre la elocuencia y la poesía... el escolasticismo reinante en universidades y conventos...»<sup>4</sup>.

Habrá que esperar —continúa el orador— a los afortunados restau-

<sup>1</sup> M. LÓPEZ CEPERO, *Lecciones políticas para el uso de la juventud española* Libro 1.º, Sevilla, 1823.

<sup>2</sup> IDEM, *op. cit.* nt. 1 p. 459. Apt. 2.º

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Discurso inaugural* pronunciado en la solemne apertura de Estudios de la Universidad de Sevilla, en 1.º de octubre de 1847, Sevilla, 1847.

<sup>4</sup> IDEM. *op. cit.* nt. 3 p. 459. Apt. 3.º

radores Moratín, Meléndez, Cienfuegos y, sobre todo, a la ansiada *Academia Horaciana*, fundada por Arjona: «...conjuro del ídolo del romanticismo para que vuelva a florecer una espléndida generación: el melancólico y sentimental Roldán<sup>1</sup>, imitador de las bellezas poéticas de la Biblia... el ínclito traductor de Pope, Blanco, cantor de los placeres de la imaginación, de las ilusiones de la belleza, de la crítica de la sociedad política...; el Píndaro del Cristianismo, Núñez y Díaz, del melancólico Reinoso... y del esteta Hidalgo...»<sup>2</sup>.

Si de hecho con estos preceptismos se pueden fundar los pilares de una nueva escuela ilustrada romántica, alentada por Cepero, y a la que muy pronto se uniría Bécquer, en términos teóricos habría que subrayar que, en la parte argumental, presentaba una gran similitud con la llamada «escuela salmantina». Estas características comunes van a ser señaladas por A. Dérozier: «...una imitación clásica que varía según los autores, los arcaísmos lingüísticos que se funden con neologismo que hacen olvidar poco a poco a Herrera y continuadores; una mitología que entra prácticamente en desuso, salvo en Sánchez Barbero, y finalmente unos contactos cada vez más crecientes con el extranjero...»<sup>3</sup>.

Este especial «romanticismo» que se va a respirar también en la escuela sevillana, y en sus prolongaciones del marco geográfico de Jerez, así en Capitán, Grandallana y Hué y Camacho<sup>4</sup>, quedaría muy bien definido en unas palabras pronunciadas por el académico Sr. Mena en la de Buenas Letras: «...Tratando ya directamente la cuestión, observó que todos los sistemas anteriores poéticos adolecían de haber aislado el fenómeno literario en vez de estudiarlo en consonancia con el hombre como sujeto moral. Dijo que en la literatura no había paradoja entre el dulzor de las lágrimas y el placer del dolor, porque, al fin, en el amor, en la aventura y en el peligro siempre estaba presente la línea fundamental del sentimiento...»<sup>5</sup>.

#### 4) Influencias: géneros y tendencias

Se deduce de ello que la formación estética del neófito poeta estuvo llena del clasicismo más absoluto. Tenía razón Díez Taboada cuando

<sup>1</sup> JESÚS DE LAS CURVAS, *Miscelánea sobre el poeta sevillano José M.<sup>a</sup> Roldán*, *Archivo Hispalense*, núms. 129-30, Sevilla, 1965. IDEM: *Félix J. Reinoso y José María Roldán*, *Archivo Hispalense*, núms. 61-62, Sevilla, 1953.

<sup>2</sup> IDEM, *op. cit.* nt. 3 p. 454. Apt. 3.<sup>o</sup>

<sup>3</sup> A. DÉROZIER, *op. cit.* p. 251.

<sup>4</sup> De próxima aparición nuestro trabajo sobre los costumbristas Hué y Grandallana.

<sup>5</sup> R. A. B. L. S. Libro de Sesiones, 3-XII-52. Discurso del Sr. Mena.

escribía: «...Se piensa si en estos estudios literarios estuvo más o menos dirigido por A. Lista o por el poeta sevillano Francisco Rodríguez Zapata. Desde luego, cuando en 1848 muere Lista, Gustavo le dedica una oda de escuela clasicista... Campillo proseguía su formación en el Instituto de 2.ª Enseñanza, ayudaba a Gustavo en sus estudios...»<sup>1</sup>. El profesor Balbín, por su parte, volverá a señalar esta presencia de Zapata en su discípulo, siempre vigilante en su proceso poético: «...En la portada de *El Trono y la Nobleza* del año 1853 las únicas personalidades poéticas que aparecían en el cuadro de los colaboradores eran Francisco Rodríguez Zapata y Narciso Campillo. Ambos habían publicado poemas varias veces en esta revista, antes de que Gustavo escribiese, y la amistad de Rodríguez Zapata y de Campillo le sirvió sin duda...»<sup>2</sup>.

Es evidente que la estética poética de Zapata en 1850 era la de su preceptor Lista. Está claro que un análisis sucinto del maestro nos daría una clave positiva en la formación becqueriana, y en la evolución de la poesía ilustrada-romántica en general.

Sobre la *palabra poética* se mantendrían con rigor los preceptos de Licio: «...Apenas se apodera del poeta la inspiración, se presentan a su fantasía los objetos que ha de describir bajo un aspecto nuevo y antes desconocido... No trata, pues, de coordinar las ideas según el orden lógico de su deducción; no trata de buscar los pensamientos que prueban una verdad: lo que se siente está suficientemente probado... La misma naturaleza inspira nuevo lenguaje, así como nuevos pensamientos a los poetas... En poesía no se observa el orden lógico ni gramatical de las ideas, sino el del interés que inspiran...»<sup>3</sup>.

Era consciente Lista de que cada sociedad era portadora y necesitaba una nueva forma expresiva poética: «...Claro es que una sociedad así constituida, necesita de una literatura muy diferente que la de Pericles y de Augusto... Pintará los deseos del hombre; pero de modo que se conozca la insuficiencia de los placeres de la vida para colmar su felicidad. Y en fin, cuando canta la religión, se elevará su alma a las regiones desconocidas que nos ha revelado el sacro poeta de Sión, y su fantasía, embellecida con las luces de la inteligencia, formará cuadros muy superiores a los de Homero y Píndaro: porque cada imagen será un sentimiento y cada idea una virtud...»<sup>4</sup>.

Efectivamente Zapata no había olvidado a los viejos maestros y amigos a los que dedicará el 24 de abril de 1848 una hermosa oda, con

<sup>1</sup> J. M.ª DÍEZ TABOADA, *Rimas*, estudio y edición, Madrid, 1965, p. 8.

<sup>2</sup> R. DE BALBÍN, *op. cit.* p. 160.

<sup>3</sup> A. LISTA, *Ensayos literarios y críticos*, T. I-II, pp. 16-21-25, *ed. cit.*

<sup>4</sup> IDEM, *nt. anterior*, p. 25 ss.

motivo de la colocación en el salón de sesiones de los retratos de los Srs. Mármol, Reinoso y Lista, y cuyo texto inédito damos completo:

*Ciñe nuevas guirnaldas a su frente  
Guadalquivir ufano,  
y suspendida la veloz corriente  
beneficio dilata  
por el inmenso llano  
su nivea espuma y su raudal de plata.*

*Abandonan las ninfas sus mansiones,  
y por la orilla amena,  
danzan al son de insólitas canciones  
en bullicioso coro  
que el ánimo enajena,  
y recuerda feliz los siglos de oro.*

*También se viste la oriental Sevilla  
de gozo palpitante,  
con espléndidas galas; mientras brilla  
en el rosado cielo,  
más que nunca radiante,  
el puro sol de su encantado suelo.*

*Pompa que atrajo en tan solemne día  
la Academia preclara,  
que lágrimas vertiendo de alegría,  
entre ardientes loores  
y de triunfos avara  
enaltece a sus vates y escritores.*

*Son sus hijos cubiertos de laureles,  
su ornamento y su gloria,  
los que reviven hoy por los pinceles,  
en su inflamada mente,  
los mismos que en la historia  
grata venera la española gente.*

*Son los hijos del Betis, que a la cumbre  
de la virtud llegaron,  
y del genio creador la clara lumbré  
con el saber profundo hermanaron  
para llenar de admiración el mundo.*

*¡A Mirtilo mirad!. En su semblante  
reluce la ternura,  
con que ya pinta al generoso amante,  
ya en la ausencia de Elisa,  
su cándida hermosura,  
su dulce fuego y celestial sonrisa.*

*De Góngora y Meléndez emulaba  
los himnos populares,  
y de Oselh en los montes ensayaba,  
al son de acorde lira,  
suavísimos cantares,  
que a Daraja despiertan y a Zarfiro.*

*Fileno, asombro de la gente ibera,  
esparce en su mirada  
la inspiración de Milton y de Herrera,  
y aquel fuego divino  
que dió a su sien sagrada  
la griega oliva y el laurel latino.*

*Si el arpa de David pulsa su mano  
y los himnos entona,  
al escuchar su acento sobrehumano,  
el alma enardecida  
los valles de Helicon  
por las montañas de Salén olvida.*

*¡Licio es aquél! La palidez que vela  
su frente dilatada  
de la ominosa enfermedad revela,  
cual fatídica sombra,  
la huella ensangrentada,  
y aún amante del saber asombra*

*Mas del genio la ráfaga divina  
no se extinguió en sus ojos.  
Así, cuando entre nubes ya declina  
el sol al occidente,  
muestran celajes rojos,  
que es de la luz y del calor la fuente,*

*A tu lado la Historia y la Poesía,  
duplicada corona,  
¡Oh Licio!, te presentan a porfía;  
y el compás en la altura,  
cual símbolo pregona  
de Newton las ciencias tu cultura.*

*¡Oh! Gloria a los que animan con tal brillo  
a la materia inerte,<sup>1</sup>  
y, émulos de Velázquez y Murillo,  
salvar puedan al hombre  
del olvido y la muerte  
y con su imagen transmitir su nombre!<sup>2</sup>*

<sup>1</sup> El pintor encargado de tales retratos fue el tío de G. A. Bécquer.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Oda inédita* («Leída en la sesión pública que celebró la Academia Sevillana de Buenas Letras, en 24 de abril de 1848, para colocar en su salón los retratos de los Srs. Mármo!, Reiuoso y Lista»).

Por otra parte, es justo reconocer que, tras la dolorosa desaparición de estas figuras, la antorcha poética directiva de la escuela fue entregada a Zapata, que la detentaría compartida con otros, como Capitán, Grandallana, López Cepero, hasta la aparición esplendorosa del joven Gustavo. La elegía incluida en la *Corona* a Lista, suscrita por J. Amador de los Ríos y dedicada a Zapata, ve en él al indiscutible continuador y maestro:

*¡Licio no es ya!... Cual cisne que adivina  
su fin y halaga, al expirar, la muerte,  
voló su espíritu a la región divina.*

.....  
*Ni aún me fué por el cielo concedido  
su frente coronar de tiernas flores,  
ni el postrimer adiós darle afligido.*

*Tú, más feliz, los últimos albores  
gozaste de la luz que el mundo admira,  
aún muertos ya sus olvidos fulgores.*

*Cual tierno padre que tranquilo expira,  
dando a sus hijos sin igual tesoro,  
puso en tus manos la envidiada lira.*

*¡Sagrada herencial... Ni de Ofir el oro,  
ni la ambición, ni el vano poderío  
conquistarla podrán, en su desdoro.*

*Guárdala tú del huracán implor,  
que ruga en derredor de nuestra frente  
y los robles al par troncha bravo.*

*¡Guárdala, amigo! ¡Y al rayar fulgente  
del alma paz el día venturoso,  
corónala de mirto floreciente!...<sup>1</sup>*

El reconocimiento de esta jefatura creo que fue compartido por el propio Juan María Capitán, participante también en la famosa *Corona*, y confidente amistoso del de Alanís: «...La íntima amistad que mediaba entre los Srs. Zapata y Capitán, hacía que ambos poetas se remitiesen mutuamente sus composiciones...»<sup>2</sup>. Y efectivamente, en carta privada, cuyo original conocemos por cortesía del excelente bibliófilo

<sup>1</sup> J. AMADOR DE LOS RÍOS, *Oda a la muerte de A. Lista* (dedicada a F. Rodríguez Zapata). *Corona poética*, cit. p. 60.

<sup>2</sup> J. M.<sup>a</sup> CAPITÁN, *Poesías* (Notas finales). Jerez, 1856.

jerezano D. José de Soto y Molina, expresa la gran estima que el vate antequerano-jerezano tenía del maestro: «...y la bellísima oda horaciana, que imitó Garcilaso, secundó Herrera en la *Batalla de Lepanto*, popularizó el divino León, resucitó Meléndez y ha expirado acaso por muchos años con el inmortal Lista...»<sup>1</sup>.

Los textos de reconocimiento de la valía del nuevo maestro Zapata serían infinitos. Creo que será suficiente transcribir algunas frases de cartas publicadas en su día por Juretschke: «...Cediendo a las reiteradas instancias de Zapata... Esta observación es de Zapata... También he creído yo, con D. Juan E. Hartzenbusch y con nuestro Zapata... Zapata ha concluido también una epístola, llena de pensamientos elevados y de bellísimas imágenes, de lo cual juzgará V. en breve, porque dentro de pocos días regresará a ésa...»<sup>2</sup>.

Acaso sea pura casualidad que, en la misma fecha en que Zapata hereda la jefatura de la escuela sevillana, sea elegido como académico de Buenas Letras, a su propuesta, D. Joaquín Domínguez Bécquer, el distinguido pintor de la ilustración romántica. Dato interesante por lo mucho que ello significaba de intimidad familiar. En el Libro de Sesiones correspondiente se lee: «...puesto a votación a escrutinio secreto fue admitido el Sr. Joaquín Bécquer...»<sup>3</sup>.

Es también el momento en que el jerezano Deán López Cepero, al que hemos designado como mentor ideológico del grupo, alcanza su prepotencia ciudadana: «...En Sevilla había adquirido ya categoría social destacada e influyente y tal vez fuese éste un motivo para renunciar el episcopado, que habría tenido que desempeñar, probablemente, en sedes de menor importancia...»<sup>4</sup>. La situación de Zapata era, pues, ampliamente sólida.

Hay que contar, por ello, como afinidad becqueriana del M.<sup>o</sup> Rodríguez Zapata este clasicismo nacionalista que anida en toda su generación. R. Esquer escribiría: «...más de una vez se ha insistido en el hecho de que, entre las primeras lecturas de Bécquer, las de su época juvenil y sevillana los *clásicos* españoles debieron de ocupar un lugar muy importante...»<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Correspondencia privada de D. J. M.<sup>a</sup> Capitán. Cortesía del gran bibliógrafo jerezano Sr. Soto Molina (†).

<sup>2</sup> H. JURETSCHKE, *op. cit. Correspondencia*, p. 696 ss.

<sup>3</sup> R. A. B. L. S. Libro de Sesiones, 28-IV-1848.

<sup>4</sup> M. TERUEL y GREGORIO DE TEJADA, *Rasgos claves de la vida de M. López Cepero*, *Archivo Hispalense*, núms. 124-25, Sevilla, 1964.

<sup>5</sup> R. ESQUER TORRES, *Reminiscencias de nuestros clásicos en Bécquer*. BRAE, 1965, XLV, p. 185.

Las señalizaciones garcilasianas de Esquer y Taboada <sup>1</sup>, y las resonancias de Fr. Luis de León señaladas por Gamallo y Muñoz Valle <sup>2</sup> no son más que el producto de este direccionismo del maestro Zapata.

Nunca insistiremos bastante en aquel pequeño volumen que como libro de texto reedita en 1876 el catedrático mentor; aquellos *Trozos*, siguiendo las huellas de Lista, serían el *vademecum* de los jóvenes poetas. Rodríguez Zapata se expresa de la siguiente manera: «...No es nuestro ánimo en esta Colección rivalizar con las anteriores del mismo género publicadas en España, particularmente con la que dio a luz el año de 1821, para los alumnos del Colegio de S. Mateo, de Madrid, nuestro respetable y queridísimo maestro D. Alberto Lista... Muévenos el deseo de dar a conocer a los que reciben una educación esmerada, especialmente a los alumnos de la clase de Retórica y Poética, cuyo desempeño se halla a nuestro cargo desde 1847, en este Instituto Provincial, además de los modelos clásicos, que tal vez por algunas de las indicadas colecciones aprendieron de memoria en las escuelas, otros, nuevos en su mayor parte, no de menos interés, entresacados de las mismas fuentes, tan copiosas como limpias en los mejores tiempos del idioma castellano...» <sup>3</sup>.

Si repasamos la lista de escritores propuestos en comentario nos encontraríamos, divididos por géneros, figuras como Teresa de Jesús, Donoso Cortés, Fr. Luis de Granada, Alberto Lista, Jovellanos, Reinoso, F. M.<sup>a</sup> Hidalgo, Meléndez Valdés, Fernando de Herrera, el Conde de Toreno, Diego Clemencín, García Tassara, Fr. Luis de León, Arjona, Roldán, Quintana, Javier de Burgos, Moratín, J. N. Gallego, Martínez de la Rosa, Arguijo, Hartzenbusch, Espronceda, J. J. Bueno, N. Campillo, Garcilaso, Ercilla, Duque de Rivas, Calderón y el propio recolector. Extrañamente no figura composición alguna de Bécquer en esta edición de 1876.

Cualquier estudiante que hubiese seguido este curso de forma aprovechada habría obtenido una sólida formación clásica, tal los casos de Campillo y Bécquer. Y si aún apuramos más por este camino, la tan debatida influencia germánica pudo tener también su origen en esta educación sevillana.

<sup>1</sup> J. M.<sup>a</sup> DÍEZ TABOADA, *Vivencia y género literario en Espronceda y Bécquer. Homenajes*, Madrid, 1964.

<sup>2</sup> D. GAMALLO FIERROS, *Estudios y notas. I. MUÑOZ VALLE, La tradición clásica en la lírica de Bécquer*. Actas II Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, 1964, pp. 500-10.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Trozos en prosa y composiciones poéticas*, Prólogo, Sevilla, 1876, p. 1X.

En principio, en una curiosa estadística de 1863 del Instituto Provincial, figuraban todavía como textos del Dr. Zapata el de su maestro Lista y el suyo propio <sup>1</sup>, pero es muy interesante anotar que, a partir de 1860, los sustituye por la Retórica de Blair, que, a decir de Dérozier, figura entre los manuales más cumplidos del romanticismo europeo <sup>2</sup>.

Por otra parte, hay un texto muy interesante que puede informar hasta qué punto la reforma de Zapata caló en el prerromanticismo sevillano. Justo cuando Bécquer está en plena productividad «rimal» se suscita un debate en la academia, de un gran interés: «...El Sr. Vidart disertó sobre la escuela poética sevillana y antes de entrar en materia dijo: Comparando las poesías de los actuales vates sevillanos con las de los que florecieron a principios de este siglo, dijo que los primeros habían realizado tres progresos importantes: 1.º Admitir toda clase de composiciones y combinaciones métricas; 2.º Abandonar el uso de la mitología en asuntos ajenos a tales adornos; 3.º Dejar de creer que el poeta debe tener una señora de sus pensamientos como condición necesaria para ser poeta. Dijo que la escuela sevillana era en extremo *correcta*, pero que esta misma corrección, a veces exagerada, originaba en unas ocasiones el amaneramiento y en otras que la música de la palabra viviese a *ocupar el lugar que debía estar reservado al pensamiento poético*. Explicando con este motivo el predominio que ejerce la forma en la escuela poética de Sevilla, por el influjo que en ella ha tenido el estilo de Herrera, cuya elocución poética es tan celebrada, y también por las condiciones especiales de los pueblos del medio día. Estudiando los caracteres particulares de la escuela sevillana dijo que el misticismo ejerce en ella una gran influencia y citó a propósito las composiciones de principios de este siglo de los sacerdotes Reinoso, Lista y las de Rodríguez Zapata, también sacerdote en los tiempos modernos y hasta los de los poetas militares Justiniano y de Gabriel, y que esa tendencia religiosa es muy digna de elogio en medio de la época de incredulidad que atravesamos. Examinó rápidamente las composiciones modernas de D.<sup>a</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda, en su devocionario que ha escrito e impreso en esta ciudad, las de los citados Justiniano y de Gabriel y además las de los poetas Fernández Espino, Rodríguez Zapata, Campillo, Bécquer, Herrera y Robles...» <sup>3</sup>.

El texto es, pues, excepcional. Por vez primera la influencia herre-

<sup>1</sup> Memorias del Instituto Provincial de Sevilla, 1859-1874 (Cuadrantes de horas y profesorados. Años 1863-68.)

<sup>2</sup> H. BLAIR, *Lecciones sobre la Retórica y las bellas letras*, Madrid, 1799.

<sup>3</sup> R. A. B. L. S. Libro de Sesiones, 22-V-1868. Discurso Sr. Vidart.

riana deja paso a la búsqueda de una auténtica *palabra poética*, pero dejando siempre reconocido el mérito de Zapata.

Es cierto que será muy difícil establecer un paralelismo absoluto entre la obra poética del primer Bécquer y la de su maestro, sobre todo por la inexistencia de las producciones del primero, pero compruébese en estos dos sonetos, el primero de Zapata y el segundo de su discípulo, la semejanza técnica en sus estructuras:

*Canta, Elisio, estas márgenes amenas,  
do brotan sacros mirtos y laureles,  
descollando en purísimos vergeles  
estas fragantes rosas y azucenas.*

*El ocio estéril rígido condenas,  
las Musas a tu voz responden fieles,  
de aquí admiraste plumas y pinceles  
y el fuego de que están las auras llenas.*

*Emulo aquí de Píndaro divino,  
el cantor de Lepanto sin segundo  
conquistó el cetro del Parnaso hispano;*

*Y compitiendo con el grande Urbino,  
pasma y orgullo y prez fueron del mundo  
Roelas, Zurbarán, Murillo y Cano <sup>1</sup>.*

Y he aquí la muestra becqueriana:

*Homero cante a quien su lira Clío  
le dió, y con ella inspiración divina,  
de Troya malhadada la ruina,  
del ciego Aquiles el esfuerzo y brío.*

*Ensalcen de Alejandro el poderío  
ante cuyo valor la frente inclina,  
con asombro la sierra que ilumina  
el sol desde la Libia al Norte frío.*

*Que yo del Betis en la orilla, cuando  
luce la aurora, y las gallardas flores  
se desplegan el aura embalsamando,*

*cantaré de las selvas los amores  
los suspiros del céfiro imitando  
y el dulce lamentar de los pastores <sup>2</sup>.*

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Soneto, en *Trozos*, ed. cit., p. 224.

<sup>2</sup> G. A. BÉCQUER, Soneto, Cfr. BALBÍN, op. cit., p. 151.

Si estos paralelismos son factibles en estas mínimas muestras poéticas, estimamos que es en *la elegía* donde la técnica expresiva del maestro adquiere mayor presencia. Pero, de todas formas, queda bien claro que esta concepción de la poesía romántica ilustrada ahonda sobre la búsqueda de un profundo lirismo introvertido, como señalaran D. Alonso y C. Bousoño «contra y como oposición al desorden romántico». Conceptos que más adelante subrayará Sobejano: «...Leyendo a Bécquer se tiene la impresión de estar leyendo al poeta más romántico (esencialmente) y al poeta menos romántico (literariamente). Y no creemos que haya que ver en Bécquer una reacción deliberada, teórica y literariamente deliberada, contra el desorden y ampulosidad románticos, sino una reacción temperamental, espontánea, por fidelidad a sí mismo...»<sup>1</sup>. Nosotros nos apuntamos al criterio de D. Alonso, haciendo recaer todo el peso de este clasicismo sobre el M.<sup>o</sup> Zapata. ¿Qué mayor profundo lirismo romántico que el que expresa el pedagogo en su soneto a Reinoso?:

*Ya que viviendo al hombre no acataron  
en genio y en virtudes eminente;  
ya que no orlaron de laurel su frente  
los mismos que en silencio lo admiraron;*

*Ya que sus tristes días abreviaron  
recuerdos mil de nuestro mal presente  
que al grabarse terribles en su mente,  
su robustez, sus fuerzas agotaron;*

*Volad, vates de Hesperia, y en la losa  
que dura cubre el inmortal Fileno  
entonaed vuestra endecha lacrimosa*

*Mientras yo adoro de amargura lleno  
junto al Betis su sombra esplendorosa  
de mustia luna al destellar sereno<sup>2</sup>.*

¡Cómo hacen recordar la temática de la *Oda a la Srta. Lenona*, especialmente en algunas estancias:

*¿Y te vas? ¿Y del Betis placentero  
abandonas las márgenes floridas?  
¿Y el llanto lastimero,  
y las amargas lágrimas vertidas  
por tus amigos en el trance fuerte  
bastantes no serán a detenerte?*

.....

<sup>1</sup> G. SOBEJANO, *El epíteto en la lírica española*, Madrid, 1956, p. 392.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Soneto, incluido en *Necrología*, *op. cit.*

*¡Ah! ¡No partas, cruel! Mira el sagrado  
Betis cuál alza, de laurel ceñida  
la frente arrebatada,  
la nueva al escuchar de tu partida;  
así, con triste acento  
te dice, mientras calla el raudal viento...<sup>1</sup>.*

Es en esta fuerza elegíaca donde la similitud y la hondura de maestro y discípulo se acercan más; en el hálito y presencia de la muerte. También el ideólogo y maestro Cepero se expresará en igual tono:

*Adiós, Canisio. Con que al fin te ausentas  
y dejas a tu amigo sepultado,  
cabe el risueño Betis, que enlutado  
a su vista en tu ausencia representas  
.....  
¿Por qué una misma cárcel no custodia  
a los que tanto tiempo fuimos uno?  
¿Será porque la envidia siempre odia?...<sup>2</sup>.*

La presencia elegíaca en Zapata y en las primeras composiciones becquerianas son un reflejo, como señala Ayuso Rivera, de la concepción romántica de la muerte que «presentan una única cara sombría y funesta, como la de los que caminan sin dilación hacia el abismo de las sombras...»<sup>3</sup>.

Estos bellísimos versos del poeta Zapata, con hondas reminiscencias leoninas, son un ejemplo para el aprendiz Bécquer:

*Sobre la tumba eleva de tu amada,  
¡triste poeta!, tu cantar doliente.  
Brille ya en ella en noche sosegada  
la luna refulgente.  
Con esa luz de muerte y de tristeza  
que el genio del dolor manda a deshora  
más sublime que el sol con su belleza,  
más grata que la aurora,  
la saludaste ya cuando cansado  
de ese mundo que insulta al afligido,  
exhalaste de adelfa coronado  
tu canto dolorido...<sup>4</sup>.*

<sup>1</sup> G. A. BÉCQUER, *Odu a la Srta. Lenona. Obras Completas*, pp. 503-4.

<sup>2</sup> M. LÓPEZ CEPERO, Soneto incluido, *op. cit.* PARADA Y BARRETO, I, p. 253.

<sup>3</sup> J. AYUSO RIVERA, *El concepto de la muerte en la poesía romántica española* Madrid, 1959, p. 128.

<sup>4</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elegía a N. Pastor Díaz*, cit. *Necrología y El Cisne*, *op. cit.*, p. 92.

Dice muy atinadamente Dérozier que «...c'est aussi le moment des élégies qui, avec leur particulière résignation, font revivre le passé. Elles ne sont qu'évocation, dans un mélange de tendresse et d'amertume auquel les *Tristes* d'Ovide ne sont pas étrangers non plus. Qui ne compose pas d'élégies s'adonne aux lamentations funébres (endechas) dont les plaintes, sur un ton faussement neutre, ejoutent à la tristesse du moment...»<sup>1</sup>.

En un artículo anónimo, firmado por G. (?), incluido en 1871 en la *Revista de España*, se abunda en el mismo concepto: «...El espíritu de Gustavo está conturbado incesantemente por la misma idea que la mortifica como una pesadilla. ¡Morir! Todo lo que está mucho tiempo en la región de la inteligencia, concluye por apoderarse de las regiones del sentimiento...»<sup>2</sup>. Y sigue el comentarista «a pesar de ese humor hipocondríaco y negro, Bécquer no es escéptico, y aunque su fé no sea del todo posiblemente ortodoxa, la fé existe en él, sobre todo cuando busca con la fantasía en desconocidas regiones un sitio para su espíritu y un hoyo para su cuerpo:

*De la postrer sonrisa  
el resplandor divino,  
guardaba el rostro, como el cielo guarda  
del sol que muere el rayo fugitivo...»<sup>3</sup>.*

Como ya comentaba R. de Balbín «el espíritu mortuorio está colocado como remate expresivo de la unidad estrófica. Es allí la cúspide de cada uno de los cuatro eslabones a través de los que Gustavo Adolfo despliega su sentida cristiana vivencia de preocupado amor por el cuerpo humano»<sup>4</sup>.

Es la misma honda vivencia que Zapata expresa en la muerte de su amigo García Tassara:

*La noche con su inmensa vestidura  
salpicada de estrellas,  
y de su frente la guirnalda oscura  
fueron por él más bellas.*

...

<sup>1</sup> A. DÉROZIER, *op. cit.*, p. 281.

<sup>2</sup> Noticias literarias, *Las obras de Gustavo A. Bécquer*, por G. *Revista de España*, Año 4.º, T. XXIII, Madrid, 1871, p. 308.

<sup>3</sup> IDEM, *nt. ant.* p. 311.

<sup>4</sup> R. DE BALBÍN, *op. cit.*, p. 149.

*Más bellas en los anchos horizontes  
el carmín de la aurora,  
los hondos valles, los erguidos montes,  
la fuente bullidora.*

...  
*Tendió sobre la Europa letal velo  
al ver que, envilecida,  
osó rebelde provocar al Cielo,  
ya sin aliento y vida...<sup>1</sup>.*

O la misma ardorosa nostalgia de muerte con que López Cepero, camino del destierro, se despide de los amigos:

*Ya no veré a mis amigos  
ni tendré ya la esperanza  
de recibir sus saludos  
¡que tanto me consolaban!*  
.....  
*Tú que lo ves, padre Betis,  
y en tus ondas sosegadas  
el lloro ardiente recibes  
que mis mejillas derraman;  
tú, diles, ¡ay! cuán en vano  
el corazón se agitaba...<sup>2</sup>.*

El verso becqueriano de la elegía a Quintana vuelve a presentar igual factura técnica:

*La noche ha tendido su velo de sombras,  
el cárabo gime con voz sepulcral,  
alzado de las tumbas, poetas, la frente;  
alzadla ceñida de lauro inmortal...<sup>3</sup>.*

Como señala Camacho Guizado: «...Bécquer, con su sed de lo infinito, con «el ansia de esa vida de la muerte, para la que un instante son los siglos», nos dejó la mejor definición poética de esa actitud romántica ante el problema de la muerte:

*El alma, que ambiciona un paraíso,  
buscándolo sin fé...<sup>4</sup>.*

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elegía a Tassara*, Corona, cit., p. 165.

<sup>2</sup> M. LÓPEZ CEPERO, Poema incluido en sus *Cartas Apiarias* (Edición en preparación), citada por BARRETO, *op. cit.*, p. 256.

<sup>3</sup> G. A. BÉCQUER, *Elegía a Quintana*, *Obras completas*, p. 516.

<sup>4</sup> E. CAMACHO GUIZADO, *La elegía funeral en la poesía española*, Madrid, 1969, p. 249.

Pero la visión de Bécquer es esperanzadora; en la Carta IV, ya incluye la religión como fuente de la poesía: «El amor es poesía; la religión es amor. Dos cosas semejantes a una tercera son iguales entre sí...»<sup>1</sup>. La idea procede sin duda de Chateaubriand<sup>2</sup>, pero indudablemente Bécquer no podía haber olvidado la intencionalidad creadora que su maestro Zapata otorgaba a la poesía, expuesta en los prólogos de los *Trozos* y en el *Cancionero de la Inmaculada Concepción*: «...Hemos dado preferencia a los asuntos religiosos y morales, ya porque indudablemente, contra la opinión de un célebre crítico y preceptista francés, son los que mejor se prestan a todo lo sublime y magnífico, ya porque, en medio de las mortíferas nieblas de incredulidad y corrupción en que nos lamentamos envueltos, conviene más que nunca ilustrar el entendimiento de los jóvenes y formar su corazón con los altos principios y saludables máximas del Catolicismo en toda su pureza, sin el cual no concebimos las sociedades bien cimentadas...»<sup>3</sup>.

La visión consoladora de la muerte, en el soneto de Zapata, bastaría para comprender el aprendizaje del discípulo:

*Brilló hermosa, es verdad: de nieve y grana  
fue su semblante por las gracias hecho,  
nido casto de amor su ardiente pecho,  
fuente su labio que sonrisas mana.*

*Pero, ¡oh dolor!, en fúnebre mañana  
yerta la hallaste súbito en el lecho,  
y seguirla al sepulcro en tu despecho  
demandaste a la suerte más tirana.*

*La Religión te habló; y a las mansiones  
empíreas alzas tu abatida frente,  
y los ojos allí con ansia fijos,*

*Piensas ver entre angélicas legiones  
á tu prenda feliz ante el Potente  
por él rogando y sus amados hijos<sup>4</sup>.*

Como vuelve a señalar Ayuso —y aquí encontraríamos una última y rotunda afinidad de reminiscencia becqueriana— «...más allá del *Genio*

<sup>1</sup> G. A. BÉCQUER, Cfr. R. BALBÍN, *Poética Becqueriana*, Madrid, 1969.

<sup>2</sup> F. A. CHATEAUBRIAND, *Genio del Cristianismo*, Gerona, 1871.

<sup>3</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *op. cit. Trozos*, p. IX.

<sup>4</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, Soneto, incluido en R. C. L. A. T. I.º, Sevilla, 1856, p. 451.

*del Cristianismo*, en el seno de las mismas obras de los profetas, los románticos encontrarán el filón de los Trenches jeremíacos... La Biblia supone una fuente de inspiración abundante para todas las creaciones de la civilización occidental<sup>1</sup>. La máxima de Chateaubriand también se cumplirá de forma homogénea en maestro y discípulo: «...En Job es donde se muda el estilo histórico de la Biblia en elegíaco. Ningún escritor ha llevado la tristeza del alma hasta el grado que ha sido conducida por el santo árabe, ni aún Jeremías, con el ser el único que iguala las lamentaciones con los dolores...»<sup>2</sup>.

El aliento poético bíblico que anida en la lírica de Zapata se condensa en esa visión espectacular moderna que describirá Bécquer en su poema *A Todos los Santos*, cuyo sistema estructural, como dijera D. Alonso, radica en un aprendizaje del maestro: «...La poesía becqueriana no se distingue por la frecuencia de la correlación. Se distingue en cambio por la frecuencia del paralelismo...»<sup>3</sup>. Y prosigue el mencionado crítico: «...El romanticismo abrió aireados ventanales al cerrado ámbito neoclásico, y los poetas de ese período pensaron encontrar en el desenfreno sin canon la legítima expresión de sus almas aborrecidas. Un desequilibrio expresivo era la idónea reflexión hacia afuera de la dolorosa desarmonía interior. Pero pasan los años. La poesía comienza a estar ahita, por repetición incesante, de aquella libertad hecha norma, hecha sistema. Reiterar indefinidamente una postura literaria es condenarla al fracaso de su desgaste; Bécquer, con intensidad, y los poetas prebecquerianos, más débilmente, debían huir de todo lo que ya se había hecho inexpresivo a fuerza de uso. Si hasta entonces el desorden había sido la actitud usual, la nueva lírica necesitaba buscar una fórmula renovadora. Y la encontró en los paralelismos (formales y conceptuales). Y así, la técnica paralelística se nos aparece, en cierto como el procedimiento con el que esta poesía (la de Bécquer sobre todo, pero también la de ciertos *predecesores* suyos) acusadamente se sustrajo a un carácter muy destacado del romanticismo de escuela...»<sup>4</sup>.

No podemos olvidar que el ideólogo del grupo, Deán López Cepero, había escrito: «...Pero ten presente que la verdadera libertad está en medio de estos dos extremos. Respeta tú las leyes y haz todo lo que quieras sin quebrantarlas, y no temas al ignorante que te llame licencioso.

<sup>1</sup> J. AYUSO RIVERA, *op. cit.*, p. 128.

<sup>2</sup> F. A. CHATEAUBRIAND, *op. cit.*, p. 225.

<sup>3</sup> D. ALONSO-C. BOUSOÑO, *Seis calas en la expresión literaria española*, Madrid, 1951, p. 182.

<sup>4</sup> IDEM, *op. cit.* nt. anterior, p. 201.

Estoy convencido de que, sin obedecer a las leyes, no pueden ser los hombres felices, ni vivir con libertad...»<sup>1</sup>.

Desde un punto de vista estructural ese «paralelismo neoclásico» que apuntara D. Alonso, no cabe duda que supone, concretamente para el poema *A Todos los Santos*, y vuelve a subrayar R. Balbín: «...un profundo y ponderado conocimiento de las Sagradas Escrituras. La paráfrasis de las estrofas quinta a octava se articula sobre invocaciones de temática postbíblica, y Gustavo Adolfo ha buscado materia para configurarla en otro ámbito de su vivencia: ya en sus recuerdos antiguos, ya en sus trabajos literarios anteriores; pero siempre en elementos estilísticos de arraigada autenticidad...»<sup>2</sup>. Escribirá Bécquer:

*Patriarcas que fuisteis la semilla  
del árbol de la fe en siglos remotos,  
al Vencedor divino de la muerte  
¡Rogadle por nosotros!*

...

*Profetas que rasgasteis inspirados  
del porvenir el velo misterioso,  
al que sacó la luz de las tinieblas,  
¡Rogadles por nosotros!...»<sup>3</sup>.*

Este biblismo poético era una constante en la escuela prebecqueriana. Reinoso lo había empleado en su hermoso poema *La Inocencia Perdida*, y la misma tendencia había alentado en el estro poético de Roldán, de Capitán, Tassara, Avellaneda, y por descontado Zapata. Esta inclinación, que proviene de una manifiesta y especial determinación estética, la señaló recientemente Varela Jácome<sup>4</sup>.

Un antiguo poema del M.<sup>o</sup> Zapata, fechado en 1.<sup>o</sup> de mayo de 1838, es una prueba de ese paralelismo bíblico al que antes aludíamos. Veámos prácticamente algunas estrofas:

*¡Gloria al Señor!: el armonioso canto  
de la tierra en los ámbitos resuena;  
asorde las mansiones del espanto:  
islas y mares con sus ecos llene.*

.....

<sup>1</sup> M. LÓPEZ CEPERO, *Lecciones políticas para el uso de la juventud española*, Sevilla, 1813.

<sup>2</sup> R. DE BALBÍN, *op. cit.* p. 181.

<sup>3</sup> G. A. BÉCQUER, *A Todos los Santos*, ed. cit. Obras Completas, pp. 496-97.

<sup>4</sup> G. GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Poesías selectas*, ed. B. VARELA JÁCOME, Barcelona, 1968.

*Habló; y el manto de la luz divino  
salpicado de perlas vistió el cielo;  
extendióse en el golfo cristalino,  
cubrió también el tenebroso suelo.*

...

*Habló; y el sol a la elevada cumbre,  
do preside los orbes majestuoso,  
subió adornado de radiante lumbre,  
los espacios hendiendo tembloroso.*

.....

*El sol que entre las ondas se escondía  
recobró su esplendor y su hermosura,  
y la alba reína de la noche umbría  
en los campos vertió su lumbre pura*

...

*Dó cenagosos montes se elevaron  
aparecen las plantas y las flores,  
dó mil ayes de muerte resonaron  
embelesan pintados ruiseñores.*

...

*Sobre las olas de la mar sentado  
alónitas lo vieron las naciones,  
en tormentosas nubes reclinado,  
y en las alas de fieros aquilones...<sup>1</sup>*

Sobre este biblismo, cuyas posibilidades sería interesante estudiar más a fondo, recuérdese la presencia de una página de Donoso, que fue incluida por Zapata en sus *Trozos*, y que es sumamente interesante desde el punto de vista estético: «...Toda la belleza de la creación consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de algunas de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana... Todas las criaturas, cada cuál a su manera, se cuentan unas a otras las grandes maravillas del Señor... Los cielos cantan su omnipotencia; su grandeza los mares, la tierra su fecundidad... El relámpago es su voluntad; el trueno su voz; el rayo su palabra. Él está en los abismos con su sublime silencio...»<sup>2</sup>.

La imitación de Isaías que publicará Zapata en 1842, es una muestra más de la exégesis del texto donosiano, tan amado para él, y una prueba más de la influencia sobre su discípulo Bécquer:

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *A Jehová (El nuevo paraíso*, núm. 9, 7 abril 1838, p. 105 ss.)

<sup>2</sup> Cfr. *Op. cit. Trozos*, p. 22 (Antología DONOSO CORTÉS).

*Ornado con un manto de alegría  
de sin igual belleza,  
no será ya el desierto, cual solía,  
mansión de la tristeza.*

...  
*Blanda caerá sobre su ardiente seno  
la lluvia bienhechora,  
y de eterna virtud y vida lleno  
el llanto de la aurora...<sup>1</sup>.*

De esta forma, y como regla general, los poetas del grupo se expresarán en el mismo aliento bíblico, y con igual estructura, tal ocurre con Francisco Pérez Grandallana:

*Cual un tiempo, Señor, baste tu acento  
a dar vida a la nada.  
Haz que torne a alumbrar el firmamento,  
esa antorcha apagada.*

...  
*Y cuando en su ignorante desvarío  
ciego te niegue el hombre,  
ese sol suspendido en el vacío  
aclamará tu nombre...<sup>2</sup>.*

A veces la inspiración bíblica deja paso al enfrentamiento con la naturaleza, «...desde el punto de vista formal —dice Ayuso— podemos señalar el importante papel que juegan los elementos naturales desatados para ambientar las agonías, los crímenes, las apariciones... En ocasiones se invoca el trueno y el rayo para que produzcan el efecto aparatoso. Es como si las rocas, los árboles, las olas agitadas del mar, el viento impetuoso, se utilizasen con un auténtico valor funcional desde el punto de vista expresivo...»<sup>3</sup>. El poeta mitifica la realidad vanal, la cambia en sí para no «salir apenas de su soledad espiritual», diría Vossler<sup>4</sup>.

En este sentido la rima núm. 38 ofrecerá una gran similitud, salvando años e inspiraciones, con el poema *Las Nubes* de M.<sup>o</sup> Zapata:

*Olas gigantes que os rompéis bramando  
en las playas desiertas y remotas,  
envuelto entre la sábana de espumas,  
¡llevadme con vosotras!*

- 
- <sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Al Salvador* (*Rev. Andaluza*, Año, 1842), p. 760).  
<sup>2</sup> F. PÉREZ GRANDALLANA, *Al sol en un eclipse*, *Rev. Andaluza* Año 1842, p. 759.  
<sup>3</sup> J. AYUSO RIVERA, *op. cit.*, p. 191.  
<sup>4</sup> K. VOSSLER, *La soledad en la poesía española*, Madrid, 1940.

*Ráfagas de huracán que arrebatáis  
del alto bosque las marchitas hojas,  
arrastrado en el ciego torbellino,  
¡llevadme con vosotras!*

...

*Nubes de tempestad que rompe el rayo  
y en fuego encienden las sangrientas orlas,  
arrebatado entre la niebla oscura,  
¡llevadme con vosotras!*

...

*Llevadme, por piedad, a donde el vértigo  
con la razón me arranque la memoria...  
¡Por piedad!... ¡Tengo miedo de quedarme  
con mi dolor a solas!... <sup>1</sup>.*

Y he aquí algunas estrofas del mencionado poema progenitor de Rodríguez Zapata:

*Pardas nubes, aliento de los mares,  
vuestro lúgubre aspecto no me aterra;  
y os dirijo tranquilo mis cantares  
desde la cumbre de la alzada sierra.*

...

*Bajad en confusión: cubrid mi frente  
con vuestro manto aterrador, sombrío;  
y vuestro seno pasará serviente  
en rudos sonos el acento mío.*

...

*Llevadme en vuestras alas á dó el viento,  
que hora silba no extienda sus furoros;  
donde el dorado sol tenga su asiento,  
y el trono de Jehová sus resplandores.*

...

*Llevadme, sí. Mi corazón palpita,  
y estallar quiere en la mansión del llanto;  
y ardiente sed en mi interior se agita  
de escuchar de los ángeles el canto.*

...

*Allí todo placer, aquí dolores;  
allí felicidad, aquí amargura:  
se disipa aquí el bien como las flores,  
y perpetuo para el hombre dura... <sup>2</sup>.*

Es ésta una fina sensibilidad andaluza que —como dice A. Navarro— «...percibe junto al Guadalquivir «las flotantes sombras» de las

<sup>1</sup> G. A. BÉCQUER, *Rima*, 38. *Ibid.* cit. BALBÍN.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Las nubes* (*Rev. Andaluza*, Año 1841), p. 140.

«calurosas siestas», «el trémulo fulgor de la mañana», «la luz y oro del día», «la luminosa serenidad del cielo», «el fleco de oro de la lejana estrella» que tiembla...»<sup>1</sup>. El maestro Zapata también lo había subrayado:

*Ráfaga luminosa del Potente,  
su libro la natura,  
de sus fogosos raptos cara fuente,  
inagotable y pura...<sup>2</sup>.*

El mesianismo de estos poemas vuelve a incurrir —dice Gonzalo Maeso— en esa *plasticidad*, «que es uno de los caracteres más acusados del vocabulario hebreo y su fraseología; y como en todo lenguaje hay un fondo extraordinario de convencionalismo, no ciertamente arbitrario, sino razonable, fundado en la analogía, simbolismo, concomitancias, relaciones psico-físicas, las ideas y sentimientos se revisten de esas imágenes, figuras, ademanes que no sólo las encuadran sino que son como el cuerpo en que se encarnan...»<sup>3</sup>.

Hay, finalmente, en otra estructura elegíaca, a la que con trenos jeremíacos se enlazan temas de la naturaleza, una gran similitud entre maestro y discípulo. Se trata del poema que Bécquer dirigiera a Quintana y el que cantara Zapata a N. Pastor Díaz. A veces da la impresión, en el texto antológico que aportamos, de una rima repetida. Dice Bécquer:

*Dice el arcángel, y su voz divina  
el céfiro conduce entre sus alas  
y la lleva a expirar entre las tumbas  
que de los genios las cenizas guardan.  
A su rumor las olas se estremecen,  
de fosfórica luz ligeras llamas  
brotan de los sepulcros solitarios,  
y al esplendor siniestro que derraman,  
la sien ceñida de un laurel de oro,  
las sombras de los vates se levantan...<sup>4</sup>.*

El texto rítmico de Zapata formaría en principio una especie germinal de rima becqueriana:

<sup>1</sup> A. NAVARRO, *Dos andaluces universales: Bécquer y Juan R. Jiménez. Atlántida*, núm. 21, junio, 1966, p. 262 ss.

<sup>2</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elegía a Tassara, op. cit.* Corona, p. 161.

<sup>3</sup> D. GONZALO MAESO, *Historia de la literatura hebrea*, Madrid, 1960, pp. 264-65

<sup>4</sup> G. A. BÉCQUER, *Elegía a Quintana, Obras completas*, p. 517.

*El himno dulce de la muerte canta  
tan grato y tan amable el corazón,  
cual en mustia agonta al alma santa  
celeste aparición.*

...

*Algún ángel del cielo lo inspiró  
al revolver de la pesada losa  
de aquel sepulcro, donde a ti te vió,  
do tu Lina reposa.*

...

*Paréceme mirarte entusiasmado  
de sus labios beber la inspiración,  
y en su pecho de nieve reclinado  
triste meditación.*

...

*Allí observastes los inmensos senos  
de eternidad angusta, aterradora...  
de niebla densa y de silencio llenos,  
de paz consoladora...<sup>1</sup>.*

En el sistema total del poema vuélvese a repetir el sistema rítmico y correlativo del paralelismo.

Es muy posible que, en una vuelta a la lección sosegada de estos temas, pueda sugerir en el futuro una mayor pureza imitativa entre el M.<sup>o</sup> Zapata y su eximio discípulo. La pobreza de estas líneas sólo han llevado la intención de patentizar de qué modo, lo que dijimos «ilustración romántica» es un factor decisivo, preconizada por Cepero, y que Bécquer no logra escapar de ella, aún a las puertas de un Madrid prometedor y lleno de añoranzas.

En otra cosa igualaron maestro y discípulo, en ese deseo de oscuridad, hasta el «último sueño donde habite el olvido», pero si Bécquer hoy se agiganta, la figura de su maestro Rodríguez Zapata, vuelve —como dice Gustavo Adolfo— «a cantar al amanecer un himno alegre a la resurrección del espíritu a regiones más serenas...»<sup>2</sup>.

MANUEL RUIZ LAGOS

<sup>1</sup> F. RODRÍGUEZ ZAPATA, *Elegía a N. Pastor Díaz* (*Cisne*, ed. cit. p. 93).

<sup>2</sup> G. A. BÉCQUER, *Desde mi celda* (Carta 3.<sup>a</sup>), Madrid, 1946, pp. 530-31.